

Los movimientos sociales y el sujeto histórico



Los movimientos sociales y el sujeto histórico

Los movimientos sociales y el sujeto histórico



Secretaría de Pueblos,
Movimientos Sociales
y Participación Ciudadana



Ministerio
de Coordinación
de la Política

2010, Secretaría de Pueblos, Movimientos Sociales
y Participación Ciudadana

Quito, mayo de 2010
135p.; 13.4x 21 cm

Edición general: Andrea Ávila Jácome
Diagramación y diseño: Sutti arte&comunicación
Diseño de portada: David Lupera

ISBN 978-9978-92-845-5

Mayo de 2010

Impreso en Ecuador

Índice

Presentación

Alexandra Ocles / 7

Ponencias

El marxismo en la transformación de la realidad

Marcelo Buzetto / 13

El socialismo del siglo XXI

José Miguel Sánchez / 29

El sujeto histórico al sur del sur

Sergio Rossi / 35

Las organizaciones sociales y los procesos de cambio en el Ecuador

Luis Andrango / 43

El papel del sujeto histórico en los procesos de transformación democrática

Manuel Carrillo / 49

El nuevo momento de los movimientos sociales

Ricardo Carrillo / 61

Los planteamientos de la nacionalidad Quito-Cara

Manuel Gómez / 77

Los tiempos de la revolución y el sujeto histórico del cambio

Orlando Pérez / 83

Los movimientos sociales

Doris Soliz / 99

*Los movimientos sociales en la construcción
del sujeto histórico*

Betty Tola / 111

Entrevistas

“El respeto a la verdad del otro es indispensable”

Sergio Rossi / 121

“Estamos llamados a refundar la república”

Luis Perdomo / 129

Debates

La voz de los que escuchan / 135

Presentación

En política, los movimientos sociales han sido los actores principales de los procesos de cambio desde la década de los 90, del siglo XX. Su trabajo se ha dirigido a construir un sujeto histórico involucrado en la comprensión y transformación de la sociedad a la que pertenecen.

Quienes venimos de los movimientos sociales hemos coincidido en diferentes espacios de formación: calles, aulas de clase, reuniones, conferencias, talleres y también la Asamblea Nacional. Desde esos escenarios hemos ido construyendo un Ecuador más solidario, incluyente y preocupado por la mayoría.

El momento actual es complejo porque la transición continúa. El objetivo es fortalecer el Estado que la Constitución de Montecristi plantea. De ahí que la mayor responsabilidad, con el Ecuador presente y futuro, sea la de articular –cada vez más– los procesos sociales. Es decir, estamos obligados a repensar y analizar las propuestas desde los movimientos sociales. Históricamente, el Estado ha determinado los mecanismos y vías de negociación, articulación, diálogo, resistencia y protesta. En la actualidad, tenemos la obligación de pensar cuál es la nueva dinámica de los movimientos socia-

les, cuáles son los desafíos que se plantean -en el nuevo contexto político, social y cultural latinoamericano- las mujeres, afrodescendientes, indígenas, jóvenes, campesinos, minorías sexuales y cada uno de los sectores sociales.

La Secretaría de Pueblos mantiene la convicción de que, de ninguna manera, su accionar estará lejos de estos movimientos. En ellos radica su fuerza y razón de ser. Por ello, necesitamos construir puentes y acuerdos nacionales que nos permitan avanzar como colectivo. En ese contexto, y con el ánimo de revisar lo actuado en materia social, en tres años de revolución ciudadana, el 14 y 15 de enero de 2010, en Baños, provincia de Tungurahua, la Secretaría, cuya ministra era entonces Doris Soliz, organizó el seminario *El papel del sujeto histórico en los procesos de transformación democrática*.

De esas jornadas de reflexión sobre el sujeto histórico nos quedaron muchos aprendizajes, consejos y desafíos. Recordamos, por ejemplo, que todo proceso de cambio inicia, no termina, con la toma del poder; y de ahí la importancia de tener siempre presente que el poder -como un fármaco- tiene contraindicaciones y, posiblemente, efectos secundarios.

Asimismo, dentro de los desafíos se apuntó, como una urgencia, la superación de los particularismos o -dicho de otro modo- que no se debe perder de vista el entramado del tejido social con el cual se construye el Ecuador para transformar, innovar, crear y articular los colectivos, y -así- profundizar los cambios. La debilidad de todo proceso de transformación puede germinar la dispersión, y por ello las alianzas deben ser -progresivamente- más amplias.

En todo proceso de construcción democrático es vital escuchar la experiencia de nuestros similares, cuyas voces son cercanas porque -más allá de la historia y la lucha en común- la preocupación solidaria por los movimientos sociales del mundo nos hace parte de un todo. Al diálogo que

tuvimos en Baños fueron invitados Luis Perdomo de la Red Afrovenezolana, José Miguel Sánchez de Colombia, Sergio Rossi de Uruguay y Marcelo Buzetto del Movimiento Sin Tierra de Brasil. Por Ecuador hubo ponencias de Luis Andrango, Manuel Carrillo, Ricardo Carrillo, Manuel Gómez, Orlando Pérez, Doris Soliz y Betty Tola. Cada uno compartió las iniciativas, fortalezas y propuestas de su aprendizaje. Esta publicación es el resultado de los debates, ponencias y conversaciones que un grupo de latinoamericanos tuvimos en esos días.

Alexandra Ocles



Ponencias

El marxismo en la transformación de la realidad

Marcelo Buzetto
Brasil

Marcelo Buzetto milita en el movimiento sindical brasileño y en el Partido de los Trabajadores desde los 19 años. Luego de trabajar en varias fábricas comenzó sus estudios universitarios: tiene una especialización en Sociología e Historia del Trabajo y está a punto de obtener el doctorado en Ciencias Sociales. Es miembro de la sección de Relaciones Internacionales del Movimiento de los Trabajadores Rurales Sin Tierra (MST), al cual se vinculó en 1998, y de la Dirección Estatal del MST en San Pablo, Brasil. Es profesor en la Escuela Nacional Florestan Fernandes y coordinador del Núcleo de Estudios Latinoamericanos del Centro Universitario Fundación San Andrés. Escribe con regularidad para periódicos y publicaciones académicas dentro y fuera de Brasil.

¿Qué es una revolución? ¹

Para identificar el sujeto histórico es importante definir qué queremos, adónde queremos llegar, qué pretendemos hacer, qué queremos transformar, con qué intensidad se dará esa transformación, etc.

Los movimientos sociales son organizaciones que representan a la clase trabajadora y a las masas populares, o sea, a los pobres del campo y la ciudad. Si se quiere transformar la realidad económica, social, política y cultural en la que vivimos, solo existe un camino: construir en las luchas cotidianas, las condiciones más favorables para desencadenar una verdadera revolución social, que sea la expresión real de las necesidades y deseos de la clase trabajadora y de los sectores más explotados y oprimidos de la sociedad.

Una revolución ocurre cuando la clase oprimida toma en sus manos los medios de producción, cuando el poder económico y político pasa de una clase a otra, luego de un proceso de movilización popular y social, amplio e intenso, donde los más pobres adquieren cierto nivel de conciencia política,

¹ Traducción del portugués: Andrea Ávila Jacome.

de organización y movilización, y la clase dominante ya no puede mantener sus privilegios y continuar explotando al pueblo. A ese proceso radical de transformación económica, social, política y cultural se lo denomina revolución.

Luchamos por una revolución social porque nos interesa construir una nueva sociedad, verdaderamente justa, democrática y humana. Una sociedad donde garantizar una vida digna para toda la población, sea el principal objetivo económico y productivo; donde las relaciones sociales no se basen en la explotación a la mayoría, por parte de una minoría rica que concentra en sus manos el poder económico y político. Una revolución social es una necesidad objetiva para mejorar las condiciones de vida y trabajo de las personas que -en la actualidad- se ven obligadas a vender su fuerza de trabajo a los ricos y empresarios a cambio de un salario de hambre.

Si vivimos un modo de producción capitalista y reconocemos que ese sistema es la causa fundamental de las desigualdades económicas y sociales existentes, entonces una auténtica revolución social deberá tener un carácter y un contenido profundamente antiimperialista y anticapitalista. Esta revolución tendrá que crear condiciones cada vez más favorables para una transición al poscapitalismo. Se trata de una revolución con un proceso de movilización social y popular que posibilite que la clase trabajadora, como resultado de sus luchas concretas, se apropie de los medios de producción, para que -así- se construyan nuevas relaciones económicas en una nueva sociedad, la cual será construida colectivamente, con la fuerza organizativa de los pobres del campo y la ciudad, la clase obrera, los campesinos e indígenas. Se trata de una revolución contra el capital, contra el capitalismo, y en defensa del socialismo.

Para el Movimiento Sin Tierra (MST), la única revolución social anticapitalista victoriosa en América Latina, hasta el momento, ha sido la Revolución Cubana. Han existido tentativas revolucionarias, movimientos revolucionarios, mo-

mentos de intensa movilización popular, pero ninguno de esos momentos puede verse como la victoria de una revolución social anticapitalista.

El sujeto histórico fundamental en un proceso de transformación social anticapitalista sigue siendo -como ya lo afirmaron Marx, Engels y Lenin- el proletariado, el conjunto de trabajadores asalariados, permanentes, temporales, empleados, subempleados o desempleados²; es decir, quienes no son dueños de los medios de producción, y poseen su fuerza de trabajo para venderla al mercado. Al proletariado también se lo puede llamar clase trabajadora. ¿Por qué afirmamos esto? Porque el proletariado es un sujeto histórico universal, que existe y resiste en todos los países del mundo: en el centro, la periferia y la semiperiferia del sistema capitalista internacional. Se trata, además, de un sujeto histórico que, desde un punto de vista numérico, continúa creciendo en muchos países del mundo y que, sin ninguna duda, constituye la mayor parte de la población mundial. En China, Europa del Este, las ex repúblicas socialistas soviéticas, en los países de África y América Latina, el número de proletarios asalariados ha crecido a gran velocidad, principalmente durante los años años noventa del siglo XX y los primeros años del siglo XXI. China, por ejemplo, con una población de un billón 315 millones de habitantes, en los últimos treinta años, experimenta un proceso de formación de una clase urbana obrero-industrial.

² Los desempleados son proletarios porque el hecho de que una persona no tenga empleo no significa que haya perdido la posibilidad de vender su fuerza de trabajo. Ser desempleado significa formar parte de lo que Marx llamó "ejército industrial de reserva" y Engels (en su libro *La situación de la clase obrera en Inglaterra*), "ejército de trabajadores desempleados".

El proletariado o el desarrollo desigual y contradictorio del capitalismo

El proceso de desarrollo del capitalismo en el mundo ha sido profundamente desigual y contradictorio: este sistema económico se ha impuesto con una intensidad y a una velocidad diferentes en cada país, región o momento histórico, lo cual ha afectado al desarrollo del proletariado.

Por ello, al interior del movimiento obrero existen diferencias. No todos los proletarios viven las mismas condiciones de trabajo y explotación. Existen trabajadores con diferentes patrones salariales, derechos laborales, niveles de organización sindical. Es decir, todas las diferencias y contradicciones posibles e imaginables se desarrollan en el día a día de la clase trabajadora mundial.

La situación concreta del proletariado es distinta en cada región, país, categoría profesional o sector de la economía. Por ejemplo, en África del Sur, el proletario organizado en la Central Sindical Surafricana (COSATU) ha luchado siempre contra el racismo y el capitalismo, porque el *apartheid* estableció una situación concreta que obligó a los sindicatos a incorporar la lucha contra el racismo como uno de los elementos fundamentales de la lucha de clases entre el proletariado y la burguesía.

En Bolivia, Perú, Ecuador, Guatemala y otros países, el proletariado también es indígena. De esto ya nos alertaba el marxista y revolucionario José Carlos Mariátegui, hace casi cien años, en su libro *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*.

Cuando afirmamos que la fuerza social y política fundamental y determinante para la victoria de una revolución anticapitalista es el proletariado, no estamos menospreciando ni ignorando otras fuerzas o sectores sociales existentes en una sociedad de clases.

En mi país, por ejemplo, y creo que también en otros países como Ecuador, tenemos una clase social a la cual Lenin denominó subproletariado o subempleo. En Brasil escribí sobre esta categoría social Claus Germer, profesor de la Universidad Federal de Paraná (UFPR) e intelectual marxista que colabora con varios movimientos de trabajadores del campo y la ciudad.

El subproletariado, así como el proletariado, es parte de la base social del Movimiento Sin Tierra, y participa activamente en la lucha por la reforma agraria. Sus familias son propietarias de pequeños pedazos de tierra pero no cuentan con equipamiento agrícola, ni animales para el trabajo; además, su situación es tan precaria que lo que producen no les alcanza ni para la supervivencia. Es decir, tienen tierra, poca tierra, pero no cuentan con las condiciones necesarias para la producción ni para tener una vida digna. ¿Qué hacen, entonces? Se ven obligados a vender lo único que tienen: su fuerza de trabajo. No lo hacen porque quieren sino porque tienen la necesidad de garantizarse alimentos y productos básicos para sobrevivir.

Generalmente trabajan para latifundistas o grandes empresarios en condiciones de explotación: trabajan mucho y ganan poco. En muchas ocasiones, son contratados por pocos meses o en una época determinada, no se trata de trabajos permanentes. Además, no reciben los derechos que tienen los trabajadores, según las leyes brasileñas. Los miembros de estas familias son asalariados pero no son burgueses. Son subproletarios o subempleados. Son los más pobres de entre quienes poseen un pedazo de tierra. También son, deben ser, parte de la base social a movilizarse organizadamente en un proceso de lucha económica, social y política anticapitalista.

¿Y los campesinos?

El campesinado también es una categoría social que se desenvuelve de manera desigual durante la expansión nacional y mundial del capitalismo. En la actualidad, los movimientos sociales debemos precisar quién constituye el campesinado. El término –por diversos motivos– merece un análisis profundo y crítico: muchas veces hablamos de la lucha campesina sin estudiar el desenvolvimiento del capitalismo en el campo o su papel en la agricultura. Marx hizo una contribución fundamental para entender la relación entre capitalismo y agricultura en el capítulo 24 del libro 1 de *El Capital*, la llamó: acumulación primitiva de capital. Karl Kautsky, sigue a Marx, en su libro *Una cuestión agraria* cuando afirma que se debe estudiar a profundidad el proceso de expansión del capital y del capitalismo en nuestros países para que, a partir de la realidad concreta y del conocimiento de cada situación, identifiquemos cuáles son las clases y cuál es la estructura en la que se desenvuelven y consolidan en el medio rural.

Volvamos a la cuestión central ¿en América Latina a qué campesinado hacemos referencia cuando lo pensamos como parte de los movimientos sociales? ¿Se trata de aquellas familias que tienen poca tierra y venden su fuerza de trabajo? ¿O de quienes son pequeños o medianos productores agrícolas y resisten de manera sumisa y subordinada a los intereses de los grandes capitales nacionales y transnacionales, que producen para atender las necesidades de los grandes complejos agroindustriales capitalistas? Lenin, en sus libros *El desenvolvimiento del capitalismo en Rusia*, *El programa agrario de la socialdemocracia rusa* y en *Los pobres del campo* alerta de la existencia de campesinos ricos, clase media y pobres. Son los campesinos pobres quienes se acercan más a un programa de transformación social y económica elaborado por fuerzas populares y proletarias.

¿Y la clase media?

La verdad es que la clase media se puede unir a las luchas de los más pobres del campo y la ciudad, y de la clase trabajadora para lograr conquistas democráticas, mayor soberanía nacional, un proceso de reforma agraria u otras reformas sociales importantes. Sin embargo, cuando hablamos de revolución social o revolución socialista, estos sectores se alejan de las posiciones de los movimientos de los trabajadores, y las critican. La mayoría de quienes integran la clase media tienden a defender sus intereses corporativos y particulares; su posición política muchas veces es indefinida o vacilante, profundamente influenciada por la correlación de fuerzas al interior de la sociedad y de la lucha de clases. Si existe una situación de ofensiva y predominio de la hegemonía política de la clase dominante, de la gran burguesía, del gran capital nacional y transnacional, los sectores medios, en su mayoría, tienden a aliarse con la clase dominante para atacar al proletariado y a las masas populares.

No obstante, las fuerzas del proletariado pueden cambiar la correlación de fuerzas y dirigir una línea de acción que las lleve a conseguir la instauración de un gobierno democrático, popular y antiimperialista, con lo cual las posiciones de los sectores medios pueden modificarse. En Ecuador, por ejemplo, la clase media se aproxima, de alguna manera, a los movimientos sociales. Las luchas de los últimos años han creado una nueva correlación de fuerzas que ha favorecido ese acercamiento. Pero siempre hay que recordar que la clase trabajadora no puede ser rehén ni estar subordinada a la dirección política de los sectores medios, aunque éstos tengan -en determinado momento- posiciones consideradas progresistas. La clase obrera tiene que participar de manera independiente y autónoma en la lucha de clases.

Vale la pena recordar la enseñanza de las revoluciones de los siglos XIX y XX: una cosa es la situación de clase y otra, la posición de clase. La situación de clase es la relación entre el individuo y el proceso de producción en una sociedad capitalista. Es decir, se puede ser miembro de la clase trabajadora y de las masas populares o de la clase dominante. La posición de clase, en cambio, es la postura política asumida, en lo cotidiano, por el individuo en relación con la lucha de clases. Es preciso observar que pueden surgir las más diversas situaciones al respecto: no todo obrero es revolucionario, no todo obrero es contrarrevolucionario. Existen quienes participan en los movimientos revolucionarios, otros que forman parte de los movimientos contrarrevolucionarios (por ejemplo quienes apoyaron el intento de golpe de Estado contra el presidente de Venezuela Hugo Chávez), y quienes no tienen ningún vínculo orgánico con movimientos políticos de izquierda o derecha. Los indígenas y miembros de pueblos originarios también pueden ser revolucionarios o contrarrevolucionarios, como el papel que jugaron los indios Miskitos durante la Revolución Sandinista, en Nicaragua; o el Movimiento Nación Camba de Liberación que es un brazo de la extrema derecha golpista y fascista en Bolivia, que utiliza la causa indígena para fomentar el separatismo y alentar el derrocamiento del gobierno de Evo Morales.

Ser obrero, campesino, indígena, clase media, pequeño burgués o burgués no significa –necesariamente– ser de izquierda, centro o derecha. Es importante comprender las contradicciones presentes en todo proceso de construcción de una sociedad nueva. Marx, Engels, Lenin, Mariátegui, Fidel Castro y el Che no descendían de una familia obrera, indígena o campesina pobre, pero sus posiciones políticas en la lucha de clases se alineó en la defensa a los obreros y campesinos pobres.

Entonces ¿cuál es la alianza estratégica para hacer una revolución social anticapitalista victoriosa? La unidad

proletario-popular es fundamental en la construcción de un frente de movimientos y organizaciones que permita el avance de la lucha por la construcción de una nueva sociedad. El revolucionario nicaragüense Augusto César Sandino, cuando organizaba el Ejército Defensor de la Soberanía Nacional, afirmaba que éste sería un ejército proletario y campesino. Hoy, la unidad del proletariado y los campesinos, no es otra cosa que la unidad de la clase trabajadora y las masas populares urbanas y rurales, los obreros, campesinos, afrodescendientes, pueblos indígenas y originarios, quienes –juntos– pueden transformarse en una fuerza de masas sociopolítica anticapitalista.

La construcción de ese frente de movimientos y organizaciones proletarias, campesinas, indígenas y populares sería una señal de un elevado nivel de conciencia política de base, de los militantes y dirigentes, pues la unidad de la diversidad es decisiva para imponer derrotas a la clase dominante.

La construcción de esa vanguardia proletaria-popular, compartida entre varias organizaciones y movimientos, sería un paso adelante en la comprensión de que ningún movimiento, ninguna categoría de trabajadores aislada, ninguna organización, por más combativa que sea, tiene las condiciones de imponer por sí sola una derrota importante y decisiva a las fuerzas del capitalismo. Ninguna categoría de trabajadores puede sustituir la fuerza del movimiento de la clase trabajadora en su conjunto. Ninguna organización aislada puede sustituir la fuerza social y política de masas que representa el frente de organizaciones proletarias, populares, antiimperialistas y anticapitalistas.

El proceso de movilización popular de la clase trabajadora se puede resumir en tres momentos:

1. Ofensiva de los movimientos de masas clasistas: Es el momento en el cual, diferentes sectores de la clase trabajadora avanzan conjuntamente, se organizan, reorganizan, obtienen conquistas parciales, retoman sus capacidades de

movilización y organización, y consiguen que la clase dominante retroceda en sus posiciones y se una en la defensa de la lucha de clases.

2. Momento pre-revolucionario: En esta etapa, las fuerzas populares y del proletariado han acumulado fuerza y han incorporado a su lucha nuevos militantes y cuadros. Sus organizaciones consiguen importantes victorias sobre la burguesía; y se percibe un avance elevado del nivel de conciencia política de las masas y del nivel de movilización y organización de la clase trabajadora. Sin embargo, pese a estos avances concretos en la lucha de clases, todavía no se ha producido una fuerza social y política de masas que tenga las condiciones necesarias para conseguir la victoria de una revolución social.

La tendencia en una situación como la descrita es el aumento de las contradicciones y de los conflictos en la lucha de clases y entre las fuerzas de la revolución y la contrarrevolución. En este periodo se crean las condiciones más favorables para consolidar una transición de carácter anticapitalista. Sin embargo, este periodo puede no durar mucho tiempo, principalmente en las condiciones actuales. Por lo tanto, es un momento decisivo de avance y victoria o de retroceso y derrota del proceso revolucionario. Un ejemplo, al respecto, es lo que sucedió en el gobierno de Salvador Allende, en Chile, entre 1971 y 1973: la contrarrevolución, con el golpe civil-militar del 11 de septiembre de 1973, interrumpió el proceso revolucionario.

3. El momento revolucionario: Se trata de una situación histórica excepcional, un momento que es el resultado de la imposición de derrotas sucesivas y decisivas a la clase dominante, por parte de la clase trabajadora. Se trata de un momento en el que la expropiación a los expropiadores es una realidad; se da inicio al proceso de socialización de los medios de producción; las reformas se implementan de forma revolucionaria, o sea, bajo el control directo del pro-

letariado y de las masas populares del campo y la ciudad; y los trabajadores toman el control del poder político. Este es el momento del triunfo revolucionario, de la victoria de la revolución, como ocurrió en Rusia en 1917, en China en 1949 o en Cuba en 1959.

Venezuela y Bolivia se ubican en el segundo caso: en el momento pre-revolucionario. Ambos países viven momentos de tensión y transición, de una nueva ofensiva de los movimientos sociales bajo la dirección de gobiernos democrático-populares y antiimperialistas. La transición es compleja, tensa, llena de posibilidades, contradicciones y problemas. Es difícil prever con exactitud la intensidad de esos procesos, pues cada día surgen nuevos hechos y conflictos: la izquierda triunfa un día, y a la mañana siguiente la derecha se anota una victoria. Se trata, por tanto, de momentos decisivos pero de difícil precisión desde el punto de vista teórico. La afirmación que se realiza en este instante puede ser desmentida por la realidad de mañana. Es una situación, en la que como dirían Marx y Engels: “todo lo sólido se desvanece en el aire”. A veces observamos ciertos sucesos y creemos que el proceso revolucionario se va a profundizar, va a avanzar o saldrá victorioso (porque ese es nuestro deseo y luchamos para que así sea), pero después nos sorprenden los acontecimientos y pensamos que todo lo que se ha conquistado puede desaparecer en cualquier momento, porque la derecha existe y resiste, tiene fuerza y se prepara para una nueva ofensiva contrarrevolucionaria en todo el continente. Ejemplos de esto son el golpe de Estado en Honduras, la instalación de bases de los Estados Unidos de América en Colombia, y la victoria de la derecha en Chile. No hay que olvidar la afirmación de Fidel Castro: “el imperialismo y las fuerzas conservadoras no pueden destruir nuestra revolución, pero nosotros sí podemos”. Es una frase apropiada cuando observamos el oportunismo, la burocracia y la corrupción que corroen y destruyen por dentro los procesos de transfor-

mación que se llevan a cabo en Venezuela y Bolivia. Chávez, Evo y los verdaderos revolucionarios de esos países decidirán cómo intensifican las batallas cotidianas contra esas amenazas reales en contra de los procesos revolucionarios. Esos problemas pueden convertirse en elementos fundamentales para debilitar y derrotar las transformaciones revolucionarias que están en curso.

Para el Movimiento Sin Tierra (MST) es fundamental estudiar el marxismo y los conceptos fundamentales del materialismo histórico-dialéctico. Al interior de la izquierda se ha convertido en una moda criticar las ideas de Marx y de los marxistas. Es verdad que lo más correcto es hablar de marxismos. Pero, no hay que olvidar que quienes más critican a Marx son aquéllos que nunca estudiaron a profundidad ni sus textos ni los de Engels, Lenin y otros intelectuales revolucionarios. Nunca los leerán y nunca los entenderán.

Lo que debemos hacer es combinar los conceptos fundamentales del marxismo con la realidad concreta de cada país y su situación específica. Ahora, si no tenemos la capacidad de hacerlo por incompetencia, prejuicio intelectual o por la influencia nefasta de las ideas pequeño-burguesas que existen al interior de las organizaciones y de sus luchas, entonces: ¿la culpa es de Marx y Engels?, ¿la culpa es del marxismo?

Muchas veces, los movimientos sociales hemos dicho, repetido y reafirmado ideas y conceptos pequeño-burgueses, que nos llevan a una artimaña denominada eclecticismo o también llamada, por ciertos intelectuales de la pequeño-burguesía, pluralismo de ideas. Nos quieren seducir con concepciones del mundo supuestamente más democráticas, en las que tenemos que utilizar términos de diversos referentes teóricos para tener una visión más amplia de la realidad. Esta supuesta democracia teórica esconde un pensamiento profundamente autoritario porque se quiere imponer la dictadura del pensamiento único (pensamiento burgués o para

ser más precisos, pequeño-burgués). Se quiere convencer a los trabajadores de no dar más crédito a la lucha de clases y a la revolución social; se alimentan ilusiones que generan confusión teórica y desorientación estratégica, y que los empujan a priorizar las luchas corporativas específicas de cada movimiento y los apartan de la lucha de clase; es decir, de la lucha contra el capital y el capitalismo.

También es común escuchar que el marxismo es una teoría europea. Nada más equivocado. El marxismo nace en Europa, es verdad, pero también el capital es europeo y se expandió por todo el mundo. La teoría marxista es el resultado de las acciones concretas de la clase trabajadora en todo el planeta.

La revolución rusa tuvo lugar en Oriente, la mayor parte del territorio de la ex Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (creada entre 1917 y 1922) estaba en Asia y no en Europa. Es decir, que la primera revolución anticapitalista victoriosa, influenciada por las ideas marxistas, no ocurrió en Alemania o en Inglaterra. Muchos revolucionarios bolcheviques eran asiáticos, no europeos. ¿Y la revolución china? Mao Tsé-Tung y Zhou Enlai no eran europeos ¿y las revoluciones africanas y los líderes marxistas de ese continente? Amílcar Cabral en Cabo Verde y Guinea-Bissau, Agostinho Neto en Angola, Samora Machel en Mozambique, Thomas Sankara en Burkina Faso, Julius Nyerere en Tanzania. No nos olvidemos tampoco de los revolucionarios vietnamitas Ho Chi Minh y Giap, ni del peruano José Carlos Mariátegui, o de Farabundo Martí en El Salvador, Fidel y el Che en Cuba, Carlos Fonseca en Nicaragua, ni de Caio Prado Júnior y Carlos Mariguella en Brasil.

Si de algo debemos tener certeza es de que necesitamos estudiar más para que el conocimiento sea el instrumento de nuestra lucha por la transformación de la realidad. Basta de imprecisiones, de realizar afirmaciones sobre hechos que no dominamos a profundidad. Tenemos que reconocer nues-

tros límites y debilidades teóricas y a partir de ahí, redoblar los esfuerzos por mejorar nuestra organización y nuestro plan de estudios, para que dejemos de reproducir mecánicamente ciertas ideas y conceptos, que no son más que una caricatura del marxismo. Desafiémonos a comprender mejor la intensidad y la fuerza del materialismo histórico-dialéctico, y así haremos uno de los mejores homenajes a figuras como Marx, Engels, Lenin, Ho Chi Minh y el Che Guevara. La mejor manera de homenajear a esos revolucionarios es estudiar y comprender su obra intelectual y material, sus textos y la historia de las revoluciones en las que participaron. Sacar lecciones del pasado para intervenir en el presente, es construir día a día el futuro que soñamos.

El socialismo del siglo XXI

José Miguel Sánchez
Colombia

José Miguel Sánchez es un educador popular colombiano. Estudió Ciencias Políticas y Resolución de Conflictos en la Universidad del Valle y una maestría en Estudios Latinoamericanos en la Universidad Andina Simón Bolívar de Quito. Ha sido invitado como ponente y profesor a eventos académicos y universidades de Venezuela, España, Cuba, Francia, Ecuador y Brasil. En la actualidad es asesor de despacho de la Secretaría Distrital de Gobierno en la Alcaldía Mayor de Bogotá, y asesor político y pedagógico del Movimiento Ruptura de los 25, y de la Fundación Esperanza, para el tema de refugio y migraciones colombo-ecuatorianas.

Los filósofos dicen que la crítica es el arte de la buena cortesía. Creo que en la crítica a los transformadores sociales también existe un profundo acto de amor. Lo que voy a decir, probablemente, vaya en esa dirección. Mi intención es mencionar algunas líneas que nos darán más luces sobre aquello que estamos denominando socialismo del siglo XXI.

Para comenzar, debemos hablar en plural porque –en la actualidad– el socialismo del siglo XXI nos acerca a diferentes construcciones y miradas. Por decirlo de alguna manera, el socialismo del siglo XXI convoca a los rojos pero también a los rosas, convoca a los ateos y también a los altares.

En América Latina se viven tiempos en donde las preguntas van desde cómo enfrentar al poder y cómo ser gobierno; es decir, cómo administrar el poder. Para ello hay que enfrentar rupturas, una de las más importantes es la de asumir con claridad que, de verdad, el fin no justifica los medios. En Colombia, de donde vengo, las armas han sido mal usadas y largamente usadas, y a la hora del proyecto político no han sido libertarias. Las armas aumentan el autoritarismo y secuestran la libertad, la justicia y la democracia que son los fines para los cuales trabajamos. La democracia del socialismo del siglo XXI no puede ser sólo un método, la democracia también es un fin. Parafraseando al Che, el socialismo

no puede construirse en un solo país. Es necesario construir muchos socialismos más aún cuando hemos comprobado que el capitalismo no tiene patria. También sabemos que la patria del socialismo son todas las naciones. Al menos ése debería ser nuestro presupuesto.

La expansión proletaria del capitalismo como la estamos viviendo hoy en día sorprende la imaginación de la humanidad. Enfrentar el capitalismo en la actualidad y dar paso a los socialismos del siglo XXI no necesariamente supone que el Estado asuma la propiedad de los medios de producción.

Los socialismos del siglo XXI contienen diversas formas de propiedad: la pequeña y mediana empresas, el cooperativismo, el colectivismo indígena, la administración privada, la propiedad privada, el monopolio estatal, los recursos energéticos de la soberanía nacional. Es decir, promueven la regulación pública mundial sobre los recursos estratégicos para la humanidad. Por tanto, el socialismo del siglo XXI tiene que ser tan plural como el arco iris y tiene -además- que profundizar la democracia a escala global.

Estamos en un momento en donde lo viejo no termina de morir y lo nuevo no termina de nacer. Estamos en pleno parto. Cada uno de los gobiernos llamados de izquierda o revolucionarios deben saber dónde está lo viejo para combatirlo desde adentro. No se trata únicamente de la búsqueda teórica, aunque no hay que olvidar que en tiempos de crisis de acción -como los que vivimos- la teoría no es desechable: una buena teoría se transforma en una muy buena acción revolucionaria.

La idea de la conducción unilateral del Estado sobre una nueva sociedad democrática, como se planteaban los socialismos del siglo XX, no está a la orden del día. Los socialismos del siglo XXI no soportan ni dictaduras ni dictablandas, llámense estas: dictaduras del proletariado, caudillismos, dictaduras de la ciudadanía, dictaduras de las multitudes o de las encuestas porque no debemos olvidarnos que el fin nunca

logrará justificar los medios.

Algunos de los gobernantes latinoamericanos son cercanos a los paradigmas del socialismo o de la izquierda. No se debe confundir el liderazgo fuerte con autoritarismo. América Latina y quienes vivimos en ella debemos tener claro que un gobernante no es un padre, un gobernante marca la dirección del Estado, resuelve los asuntos públicos.

El socialismo del siglo XXI amerita altas cantidades de amor, amistad, empatía y armonía. El socialismo del siglo XXI le agudizó la fiesta al despilfarro del capitalismo y el mercado. La clave es la austeridad en el manejo del Estado, en donde la agenda de los movimientos sociales se considera como parte gravitante en las acciones de inversión del dinero público.

Los socialismos deben considerar siempre en su accionar la capacidad de escuchar, la justicia, la confianza, la identidad, los conflictos y las contradicciones. Los socialismos del siglo XXI trabajan sobre la incertidumbre y deben estar acompañados del goce que implica el sacrificio. En la educación popular existe una lógica que sería interesante desarrollar en los socialismos del siglo XXI: la lógica del dolor. Hay que querer, saber y poder pero también debemos tener capacidad de sentir dolor: sin dolor, no hay hecho social. Se trata de tener claro que si no hay dolor frente a la injusticia y frente al hecho social, entonces, no se esgrimen razones para el cambio. Cuando el dolor se vuelve ideal, cuando el dolor se hace saber, o cuando se hace idea, entonces el saber deja de ser natural y se vuelve conocimiento, y cuando existe conocimiento, el dolor se vuelve enemigo de la vida digna. Una vez pensado el dolor y convertido en conocimiento de la voluntad del querer, acabar con el dolor no se reduce exclusivamente al deseo sino que surge el momento de la política. En el socialismo del siglo XXI, el socialismo es libertad y justicia. Sin libertad y justicia, no hay socialismo.

En el siglo XXI, el socialismo no puede dejar de ser medioambiental porque necesitamos –con urgencia– un pacto in-

teligente con la naturaleza. El socialismo en el siglo XXI es económico, ecuménico, multiétnico pero fundamentalmente pluricultural, es diversidad. El socialismo del siglo XXI no es autoritario ni caudillista y por lo tanto no lo encarna ni lo direcciona un solo hombre o una sola mujer.

El sujeto histórico al sur del sur

Sergio Rossi
Uruguay

Sergio Rossi es uruguayo. Es miembro de la Federación de Funcionarios de Obras Sanitarias del Estado (FFOSE). Fue delegado de su organización al Secretariado Ejecutivo y ante la mesa representativa de la central de trabajadores PIT-CNT [Plenario Intersindical de Trabajadores (PIT) y Convención Nacional Trabajadores (CNT)].

Reflexionar sobre el sujeto histórico nos lleva a recordar los orígenes. Platón decía que el sujeto histórico es aquel que realiza el arte mayor: la política. A partir de ahí pensar en el sujeto histórico nos condena a circunscribirnos al mundo occidental y cristiano. Por tanto, el ser histórico es el ser político. Todo nuestro accionar es político.

David Ricardo definió las clases sociales y su estructura, y demostró que la sociedad burguesa era el resultado de una forma peculiar de apropiación privada de la productividad, y de ahí la contraposición entre clases. Marx, como continuador de Ricardo, desarrolló la teoría del materialismo histórico-dialéctico para mostrar cómo avanzan las clases sociales dentro del sistema capitalista.

Al sur del sur, la sociedad se levanta sobre las ideas que los emigrantes europeos trajeron consigo a inicios del siglo XX, época en la que Uruguay se caracterizó, además, por imponer a sangre y fuego el modernismo. A consecuencia de ello se arrasó –y lo digo con mucho dolor– con los pueblos originarios. El modernismo impuso una civilización criminal pero los emigrantes trajeron nuevas ideas: llegaron con postulados socialistas, anarquistas y comunistas.

En Uruguay se dio una confrontación de clases muy fuerte y accidentada: las ideas se peleaban a tiros y cadenas. La

confrontación violenta llegó a un nivel en el cual no se sabía contra qué se estaba peleando ni cuál era el objetivo. Eso llevó a un desarrollo importante de las organizaciones sociales, sobre todo a nivel sindical: entre 1930 y 1940 la lucha de clases sociales se profundizó y surgió la propuesta de juntar a los trabajadores en una central única, lo cual se pudo lograr recién cuando se construyó un enemigo abstracto y real, un enemigo en común: la burguesía, el imperialismo y la oligarquía nacional. Este proceso se inició a partir de los 60: fue posible sentar en la misma mesa a comunistas y anarquistas, debatir durante mucho tiempo. Recién hacia 1965-1966 se logró tener un proyecto de los trabajadores que respete las diferentes corrientes y opiniones. Así nació la Convención Nacional de Trabajadores (CNT) que significó un avance a nivel político y la unión definitiva de los trabajadores.

Más adelante, en 1971, se creó el Frente Amplio que supuso la unión de la izquierda uruguaya. Esta convergencia se logró a partir de la identificación de puntos en los que había acuerdo y aquéllos en los que se no tenía una posición unificada se los dejaba de lado para analizarlos más tarde y no detener el proceso político que se estaba construyendo. La derecha vio con gran preocupación el apareamiento del Frente Amplio porque sabía que esa unidad era el resultado de una gran acumulación social que se expresaba en el respaldo de la población. Todos sabemos que si una organización pretendidamente revolucionaria no cuenta con apoyo masivo, no puede mover absolutamente nada: sin la participación de los ciudadanos es imposible avanzar en el desarrollo social y político.

Hubo dos posiciones diferentes de acceso al poder: la confrontación armada propuesta por el Movimiento de Liberación Nacional Tupamaros y otra que pensaba en el campo electoral como una vía para la transformación social. Fue un momento en que hubo muchos militantes de izquierda en la clandestinidad.

El 27 de junio de 1973 los militares dieron un golpe de Estado y asumieron la totalidad del poder público hasta febrero de 1985. La oligarquía nacional, la burguesía y los sectores de derecha apoyaron económicamente a la dictadura que, por tanto, no fue sólo militar sino también civil. Durante doce años, en Uruguay la tónica fue la represión a las fuerzas políticas de izquierda, el encarcelamiento a los dirigentes sindicales, la prohibición de la actividad gremial a obreros y trabajadores, y la expulsión de los funcionarios públicos, especialmente profesores, que tuvieran alguna inclinación izquierdista. El saldo fue miles de desaparecidos y torturados. La dictadura se impuso con violencia.

Para la izquierda, en 1984 triunfar electoralmente fue muy difícil. Sin embargo, políticamente se logró un avance importante: el ingreso de los tupamaros al Frente Amplio. Hoy en día es una de las fuerzas políticas más importantes: se consiguió crear un movimiento de masas y participación popular con gran aceptación del electorado uruguayo. Sin embargo, aunque el Frente Amplio sea quien gobierne, eso no significa que tenga el poder.

En los procesos históricos se debe analizar la situación nacional pero también la situación regional y la continental. Hoy, como están los procesos políticos en Sudamérica, existen las condiciones subjetivas y objetivas para dar el paso hacia una transformación total. Pero, debemos ser sinceros, a los latinoamericanos nos falta integración: Uruguay, por ejemplo, no tiene puesta la mirada en América Latina, nosotros vemos hacia Europa y nos reflejamos en Europa. Incluso hemos sido xenofóbicos con el resto de latinoamericanos, a causa de procesos culturales diferentes al mundo andino y tras años de un modelo de educación que impuso los valores de exclusión de la derecha.

En el momento actual, cuando existen procesos similares en toda la región debemos comenzar a compartir nuestra experiencia. Cuando la izquierda uruguaya llegó al poder,

los trabajadores aprendimos que entre gobierno y obreros pueden existir propuestas contrapuestas pero siempre debe haber un espacio de diálogo en la que participen las organizaciones sociales.

Cuando asumimos el gobierno, lo primero que se decidió fue la creación de instancias de reforma del Estado, en las que participan los trabajadores (oficina nacional de servicio civil) y una instancia de discusión que se denominó Consejo Superior de Negociación Colectiva, en donde se analiza la política económica, las inversiones de los entes públicos y las relaciones laborales. Como resultados se pueden mencionar el consejo de salarios para las amas de casa o el sindicato de empleadas domésticas. Hemos aprendido a trabajar en conjunto y que para transformar la realidad primero hay que conocerla e inmediatamente discutir sobre ella, para luego proponer acciones.

La asunción como presidente de la república del compañero José Mujica ha generado gran expectativa en las organizaciones sociales: se va a buscar más participación y que la reforma del Estado contemple un ámbito de decisión y no sólo de discusión.

Somos seres esencialmente políticos, como dijo Platón, y asumimos que la política es saludable: involucrarse en la solución de los problemas sociales es vital para la transformación de un país y la consolidación de un proceso de cambio como el que impulsa Uruguay en la actualidad. Sin participación, sin democratización no se puede ejecutar un proceso de transformación. Los trabajadores y las organizaciones sociales no pueden quedar fuera porque sería un error histórico, no sería revolucionario.

No se puede minimizar el rol de la clase obrera, la cual nace buscando su emancipación y con un objetivo histórico que se centra en las mejoras salariales y laborales. El proyecto político actual –sin duda– es mucho más grande y va más allá de cualquier particularismo. Sin embargo, tampoco se puede

olvidar que lo ideal es enemigo de lo posible: debemos tener una unidad coyuntural que nos permita analizar las transformaciones. La izquierda uruguaya, por ejemplo, es muy paca-ta, muy intelectualoide, y por eso puede descuidarse de temas fundamentales como la organización del campesinado, la regulación de la mano de obra, la búsqueda de soluciones al desempleo, entre otras. No se puede quedar en el discurso teórico, se debe avanzar hacia lo práctico.

Por ejemplo, en Uruguay muchas empresas se cierran y los trabajadores quedan en el desempleo. De ahí nació la idea de generar cooperativas o lo que se llaman empresas recuperadas: los obreros manejan, gracias a préstamos del Estado, sus propios medios de producción, son su propio patrón, lo que significa responsabilidad y supone toda una reestructuración ideológica. La soberanía de un país pasa por el sentido de pertenencia, y depende de nosotros que el Estado defienda los intereses colectivos y no los intereses de unos pocos.

Las organizaciones sociales y los procesos de cambio en el Ecuador

Luis Andrango
Ecuador

Luis Andrango es presidente de la Confederación Nacional de Organizaciones Campesinas Indígenas y Negras (FENOCÍN), en donde representa a la Unión de Organizaciones Campesinas e Indígenas de Cotacachi (UNORCAC), la cual –a su vez- está integrada por cuarenta y tres comunidades de ese cantón. Luis Andrango fue electo en septiembre de 2008 y permanecerá al frente de la confederación hasta el año 2012. Es oriundo de la comunidad Turucu, perteneciente a la parroquia de San Francisco, que se ubica a los pies del *taita* Imbabura.

Las organizaciones sociales somos un actor social fundamental en los cambios políticos del Ecuador. El diálogo entre nosotros siempre ha sido importante. Los primeros hombres del maíz que nacieron en el mundo, los más viejos de los viejos, tuvieron un primer acuerdo: hablar y escuchar. Por eso, nuestro accionar no se olvida de retomar el acuerdo entre el silencio y la palabra, para tender puentes que nos permitan pasar del yo al nosotros.

Para situar el sujeto histórico primero es importante realizar un análisis hacia el pasado, para recordar cómo llegamos al momento en que nos encontramos y, finalmente, enumerar los retos que creemos, como organización, tiene el proyecto político actual.

La FENOCÍN reconoce que viene de una derrota histórica cuyas proporciones aún están vigentes: el capitalismo y el neoliberalismo destrozaron toda la estructura organizativa de los movimientos, y generaron enormes diferencias sociales. La resistencia y la movilización permanente han sido las únicas formas para continuar activos. Sin embargo, en los últimos años, en América Latina se dio un salto cualitativo: la emergencia de gobiernos progresistas que incorporaron en la agenda política los temas de preocupación de los movi-

mientos sociales, cambió el escenario.

En el campo sabemos que nada florece sin que algo haya sido sembrado. En el caso ecuatoriano, la revolución ciudadana es el cúmulo de la resistencia social y política de los movimientos sociales, y que ahora requiere de acciones que fortalezcan el proceso de cambio en el país. La victoria popular no se logró simplemente por el carisma de un candidato o por una brillante campaña electoral. En realidad, lo que ahora tenemos es fruto de una larga resistencia social y de un estado de movilización permanente, el cual generó las condiciones adecuadas para que esta propuesta política sea vista como una alternativa de mejora de las condiciones de vida.

En este momento, el Ecuador vive un proceso de definiciones políticas: el cambio al que se ha apuntado no es de exclusiva responsabilidad del Ejecutivo o del presidente de la república. Ese cambio se construye desde abajo, con la participación de diferentes actores. Las organizaciones, por tanto, no podemos dejar de movilizarnos y es nuestra tarea fortalecer la propuesta.

Para que se transformen las condiciones de vida, primero, debemos plantearnos una discusión mucho más integral que debe partir no sólo de una reconfiguración del papel del Estado, sino de lo público más allá del Estado. La visión *estadocéntrica* lo concibe como el principio y fin de un proceso, y no como un espacio en disputa permanente política e ideológicamente. De ahí, la importancia del rol de las organizaciones para fortalecer y promover un verdadero cambio del Ecuador.

Un segundo elemento importante es la exigencia de una participación efectiva y sustancial. La participación se constituye en la construcción conjunta de la gestión de lo público y lo comunitario, y no es un mero instrumento para superar la fragmentación social. En las comunidades, la participación

supone deliberar, confrontar, criticar, para llegar a consensos, e implica una decisión conjunta, colectiva y vinculante. Las organizaciones tenemos permanentemente reuniones extensas, en las que analizamos lo que hemos construido. La discusión es, para nosotros, crucial en el actual proceso de cambio. Por ello, consideramos que el gobierno tiene un gran problema: confunde la representación con la suplantación, piensa verticalmente, excluye al pueblo de las decisiones para evitar que se equivoque. Si algo nos ha enseñado la historia de los fracasos populares es que no necesitamos sabios ventrículos que hablen en nuestro lugar. Es fundamental crear un proceso de participación real.

Un tercer elemento crucial es la construcción de un bloque popular que sostenga el proceso y fortalezca a las organizaciones populares como sujetos históricos de cambio. Ello supone respetar la autonomía organizativa porque tenemos roles diferenciados y, además, la conquista de un gobierno nacional o local tiene sentido siempre y cuando se fortalezca el tejido social y la organización democrática del pueblo.

Un cuarto elemento es el retorno a nuestras raíces: cuando uno pierde el rumbo debe volver y buscar en los orígenes, en la historia. Es importante recuperar la lucha de los grandes hombres y mujeres que han permitido que cosechemos las condiciones que hoy nos permiten seguir soñando con un proceso de cambio. Es importante, también, incentivar en esos espacios la crítica, autocrítica, e incluso la disidencia, y entender que el conflicto es parte del cambio. La movilización permanente debe ir acompañada de un alto nivel de conciencia de las organizaciones sociales para posibilitar un cambio más radical y permanente.

Los movimientos sociales seguiremos cultivando la esperanza, alimentando la paciencia, incentivando la crítica y sintiendo ira ante lo injusto. Para la consolidación de este

Estado y sociedad consideramos fundamental, primero, formalizar un encuentro de movimientos sociales y organizaciones populares con el Ejecutivo para, a más de socializar la información, deliberar democráticamente, para promover alianzas, asesoramiento político y -sobre todo- la construcción de soluciones de los asuntos estratégicos.

Lo segundo es la urgencia de un mapeo político para apoyar y acompañar procesos similares a nivel local o regional y, así, consolidar una base política. Un tercer elemento es la promoción de la economía solidaria: los emprendimientos productivos eficientes deben estar articulados con las organizaciones populares y los movimientos sociales, para construir relaciones de producción nuevas entre el ser humano y la madre tierra. Finalmente, el proceso no puede desvincularse de las propuestas latinoamericanas, continentales y mundiales que se sitúan en la misma línea. Esas instancias no pueden limitarse a lo gubernamental y deben incluir a las organizaciones sociales.

En lo inmediato, los asuntos más urgentes están relacionados con el sector agropecuario, el cual debe ser declarado en emergencia: la gran sequía vulneró la situación alimentaria en el país. Muchos campesinos de la sierra y la costa no han podido producir. El acceso al agua, al crédito y la comercialización en el marco de la solidaridad son elementos claves. Transformar el agro y el modelo productivo agropecuario es urgente y en ello, por primera vez, trabajamos conjuntamente con el ministerio del ramo. Esa es la importancia de construir un gobierno desde abajo, considerando a la base y apoyándose en las organizaciones sociales para radicalizar este proceso de transformación del Ecuador.

El papel del sujeto histórico en los procesos de transformación democrática

Manuel Carrillo
Ecuador

Manuel Carrillo es representante de las Organizaciones Urbanas del Sur de Quito.

Pensar en el concepto teórico práctico y sociológico del sujeto histórico, nos genera una serie de dudas, entre ellas: ¿de qué estamos hablando?, ¿de qué se trata?, ¿será acaso de una persona o de un grupo de personas?, ¿qué carácter tienen éstas?, ¿natural o jurídico? o ¿nos referimos a algo que va mucho más allá de estas enmarcaciones y estructuras jerárquicas sociológicas y políticas? A estas dudas se suman otros cuestionamientos: ¿qué tipo de responsabilidades conlleva esto?, y sobre todo ¿qué compromiso se asume frente a acciones y situaciones sociales y políticas, en la construcción de esta categoría social, en la formación de una estructura organizativa ampliada o colectiva en torno a posiciones ideológicas, necesidades de derechos y su satisfacción? ¿Dónde nos posicionamos?, ¿dónde debemos ubicar a socios y enemigos?, ¿a quiénes debemos convencer?, ¿a nosotros mismos?, ¿a los otros?, ¿a los amigos o a los enemigos?, ¿a los enemigos de qué? Y sobre todo ¿qué nos proponemos construir?, ¿por qué y para qué?, ¿con qué objetivo queremos desarrollar estructuras sociopolíticas en el marco de una estructura mayor a la que llamamos Estado?

Empecemos por definir al sujeto político. Según Nobert Lechner existen dos tipos de sujetos políticos los institucionales y las personas. El primero hace referencia a las colectivida-

des, que tienen una acción política organizada y continua. Dentro de esta definición caben los partidos políticos, asambleas, sindicatos y demás.

En el segundo caso, los sujetos políticos son los individuos, cuando éstos son capaces de influir en los procesos políticos o se convierten en portadores de voluntades políticas. Por ejemplo, líderes religiosos, figuras políticas, funcionarios públicos, etc. Los sujetos políticos, institucionales o no, son heterogéneos, es decir que constituyen su identidad a partir de la diferencia con otros.

Por otro lado, la definición del sujeto histórico constituye una tarea política mayor en la perspectiva de los cambios sociales. Según Manuel Rodríguez, el sujeto histórico hace referencia a una articulación históricamente determinada y constitutiva de sujetos sociales, políticos y culturales específicos, y logra poner bajo su articulación a los sujetos con intereses contrapuestos. Explica que el sujeto histórico no es -por eso- un ente homogéneo, sino que está compuesto por la rica y compleja diversidad que genera la vida social y política, pero que confluye temporal y parcialmente en un proyecto, en una plataforma, en un punto de acuerdo que apunta a una nueva sociedad. Es decir, lo que define al sujeto histórico es su proyecto y vocación política. No hay sujeto histórico sino en cuanto sujeto histórico en movimiento. Lo que pone en movimiento al sujeto histórico es la organización y la generación de redes de vinculación que sumen cuantitativamente las demandas y aspiraciones grupales sectoriales. Se produce -entonces- el reconocimiento de la diversidad de cada sector con respecto a los demás. Es así como se construye la plataforma común. Ésta es el punto de partida y la trayectoria del movimiento hacia la liberación.

Con estas inquietudes se invita a los individuos a participar de un proceso de reflexión motivado en profundización del sentido del sujeto histórico, en donde la sociedad civil como descripción de éste, pueda construir una democracia viva,

es decir en constante nacimiento y evolución. La construcción se lleva a cabo a través de la manifestación política, en donde –como parte del entramado social- el sujeto histórico (sociedad civil) pone a prueba –por un lado- el grado de estima de sí y de decisión por la propia existencia, –y por otro- la capacidad innovadora de su voluntad y de cooperación constructiva del poder de gestión, todo lo cual debe responder a sus necesidades y aspiraciones. Estas situaciones son denominadas por los expertos “condiciones dadas”.

En este proceso surgen las instituciones específicas que requieren de un marco jurídico-político, que fije las condiciones para el ejercicio de las actividades normales y para la resolución de conflictos, entre perspectivas, intereses y conductas. En esta articulación entre el sujeto histórico (sociedad civil) y el Estado confluyen en las relaciones políticas que se interlocutan a través de la presencia de espacios intermediarios conocidos como estructuras partidarias o partidos políticos, organizaciones o movimientos sociales. Al respecto, Aníbal Fornari señala que la articulación pre política de la sociedad civil remite intencionalmente al Estado –y a los partidos políticos que compiten por gobernarlo- como instancia necesaria para su consolidación armónica y su permanente necesidad de pacificación hasta el ejercicio legítimo de la coerción. Los partidos políticos que se diferencian sustancialmente de la sociedad porque ha colapsado su representatividad y su interdependencia con la base social, y han quedado estigmatizados como un sector de clase, la clase política.

El trasfondo en la construcción del sujeto histórico está en vivir un camino de identificación propia y seguramente compartida. Así se ejecuta una auténtica pluralidad en el proceso de diálogo y la producción de “sujetos presentes”, a fin de convivir y cooperar en la lucha individual y colectiva con razones específicas, dentro de la comprensión que profesa cada ciudadano. Cada uno, como sujeto real, formado y

educado, es portador de sus luchas y razones, pero no está cerrado a necesidades parciales, retazos de valores, teorías particulares fragmentarias o meros sentimientos de pertenencia gregaria, que por ser confusos son potencialmente violentos. La distinción entre el pensamiento comprensivo y la concepción política de la justicia posibilita la relación activa entre ambas dimensiones a través del consenso, en donde se recogen las pautas del pacto constitucional y sus consecuentes relaciones institucionales.

Esta pluralidad de diálogo se ve reflejada en lo plural de la sociedad, sin que su preocupación sea -ante todo- la política, si no también la dimensión existencial e histórica de una construcción antropológica.

En todo esto, la sociedad debería estar viva incondicionalmente para abrir un espacio interrogativo sobre la diferenciación de la sociedad civil y el sujeto histórico. Sin embargo, por el contrario, está atomizada en el particularismo de intereses de corta visión y vida. Entonces, lo grave y probable, es que la clase política sea el reflejo segmentado de representación, en la que el pluralismo político es irrelevante porque carece de representación social y política colectiva.

En este proceso de deconstrucción de las categorías conceptuales se encuentra también el concepto de comunidad, entendida ésta, desde la práctica política, como el bien común. Desde el punto de vista del sujeto histórico, en cambio, la comunidad es un acontecimiento revolucionario, radicalmente alterativo en su sustentación, y personal en su adhesión y verificación, en el que imprevistamente se encuentran los que -ante todo- son extraños entre sí.

Giros a la cuestión del sujeto histórico de la sociedad civil

En el proceso de construcción y formación del sujeto his-

tórico, se encuentra la pluralidad de las expresiones de los sujetos específicos, que constituyen la condición necesaria de su articulación. Es en ese proceso en el que los movimientos sociales (sindicatos, jóvenes, mujeres, indígenas, etc.) deben comprometerse en dar un giro en la construcción del nuevo sujeto histórico. Es decir, se hace presente la necesidad de activarse socialmente desde el punto de vista del pueblo, de historizarse, lo cual no es nada más que capacidad de relacionarse horizontalmente (poner en relación sus asimetrías con las sufridas por otros actores sociales populares) y crecer en profundidad.

Dicho de otra forma, se requiere entender el momento histórico que se está produciendo y que es preciso aprovechar, si las condiciones dadas así lo permiten, y ubicar la posibilidad de influir en la transformación social. En ese proceso, la negociación o defensa gregaria y sectaria de determinados espacios de poder reflejan la debilidad en la construcción del sujeto histórico liberador y la imposibilidad de haber sentido propuestas de carácter e interés nacional. Entonces, surgen los discursos y la práctica política gremial, ante la imposibilidad de crear un nuevo sujeto histórico, en una articulación móvil de actores sociales populares vinculados al tejido social, que facilite la creación de espacios de encuentro que devengan en espacios de organización.

El encuentro con las organizaciones políticas populares debe ser productivo, de conocimiento y aprendizaje mutuo. Son sus actores los que deben configurar los caracteres específicos de este nuevo tejido. La articulación de las diversas expresiones del entramado social con el aparato estatal debe evitar o resistir la represión y el aislamiento, y conseguir reconocimiento (legitimidad, no necesariamente legalidad). Ahí el reto del tejido social y del sujeto histórico es el de constituirse en fuerza ejemplificadora y ejecutora del movimiento social popular, el referente central de toda práctica alternativa liberadora. Se precisa destrabar el concepto de

razón pública, que pretende monopolizar y reducir el sentido público de la razón a los procedimientos en función de los consensos políticos en torno a la posición ideológica, necesidades y derechos a satisfacer. De no existir esta práctica en la sociedad civil, ésta cede su espacio a la primacía del resentimiento, la violencia y las relaciones de dominación siempre recurrentes, desencadenando una dinámica prepotente, acaparadora del Estado-gobierno, como único factor de construcción de propuestas donde se impone algún sector hegemónico para obtener privilegios y para sobreponer su particularismo sobre los demás, frente al vacío producido por los sujetos ausentes.

Ningún sujeto histórico se construye desde el discurso ni desde la capacidad político-organizativa encuadrante. Se construye con la sabiduría educativa capaz de enriquecerse con lo otro que encuentra y con los desafíos implicados en el problema humano de afrontar con razón y libertad, significado, afectividad, expresividad y convivencia entre sujetos históricos.

Otro indicador de sujeto histórico es el pueblo que existe como tal en cuanto aparece como un don renovado, en donde éste tiene la capacidad de reanimar y amalgamar agrupaciones diversas y hasta contrapuestas. Los Estados, en cambio, son formaciones necesarias que se hacen y rehacen, con su necesaria atribución coercitiva y punitiva. No hay que olvidar que los Estados expresan la necesidad de la pluralidad humana de organizarse para una vida social estable y duradera.

Constituir el sujeto histórico implica controlar y tener bajo su dominio la dinámica y la tendencia del desarrollo de la sociedad. La construcción del sujeto histórico es excluyente o desconstituyente de otro previamente existente, el que como viejo sujeto histórico, se verá desplazado por quien -en esa relación- será un nuevo sujeto histórico. También puede darse que no sea desplazado, sino superado o reintegrado a

una nueva relación de sujetos.

En el proceso de estas relaciones, el sujeto de la historia queda expuesto, inevitablemente, en el campo político, en el que se reflejan los intereses contrapuestos y se determinan los procesos de la historia humana. De esta forma, dentro de todo sistema de dominación, encontraremos al sujeto histórico de la dominación y al sujeto histórico de la emancipación. Ambos se disputan la capacidad espiritual y material de otorgar sentido a la movilización del conjunto de una sociedad concreta.

La alternativa y el nuevo sujeto

La etapa política que hoy vivimos, nos llama a resolver dos grandes tareas, estrechamente relacionadas: resistir al modelo imperante e ir creando una alternativa política alrededor del nuevo sujeto histórico.

Los nuevos movimientos sociales brindan un impulso al deterioro de los modelos partidistas. Este modelo, independientemente de quien lo lleve adelante, produce una crisis socioeconómica y la restricción creciente de los espacios democráticos.

Es preciso actuar en la crisis desatada por el modelo con una determinada estrategia, construyendo una alternativa política liberadora, progresista, democrática y revolucionaria. En esta crisis es necesario elevar la resistencia, enfrentar la nueva ronda de ajustes con una nueva ronda de luchas, de resistencia política, y en ese proceso recomponer el movimiento social popular, la situación de la izquierda y avanzar en su unidad y articulación.

Los movimientos sociales buscan constituirse en un espacio confrontativo al sistema hegemónico dominante, y alternativo en la construcción de una nueva propuesta política que democratice la sociedad y les permita participar

de manera real.

Los movimientos sociales, en este sentido construyen estrategias organizadas por principios de poder, como lo entiende De Certeau. Las acciones de los movimientos sociales buscan constituir un nuevo poder, que dé cuenta de las necesidades de los sectores más excluidos.

Los movimientos sociales se constituyen también a partir de exigencias materiales y de participación política expresadas en el campo de las relaciones sociales que, a su vez, redefinen estos espacios. Los movimientos sociales buscan mostrar que sus luchas están conformadas por gente pobre y marginal, y su principal objetivo es la lucha por instituir un nuevo tipo de derechos con dignidad y una nueva forma de entender la ciudadanía. A partir de ese proceso construyen o entretejen el nuevo sentido del sujeto histórico.

Para los movimientos sociales, la construcción de identidades nuevas y de resistencia es necesaria en la lucha política para transformar la sociedad. Los movimientos de jóvenes, organizaciones indígenas, mujeres y profesionales deben poner en acción fuerzas culturales en su accionar contra los sectores tradicionalmente dominantes.

Estas acciones protagonizadas contra el modelo y las estructuras económicas predominantes, deben ser entendidas como acciones colectivas, y la acción colectiva debe entenderse como acción estratégica, sin dejar de considerar los cálculos de intereses grupales, producidos en torno a específicas relaciones de poder.

La noción de movimientos sociales tiene sentido si permite ubicar las acciones de otros sectores en acciones colectivas. Esto sucede en el instante en que estos sectores se proponen construir una hegemonía cultural y se articulan a través de procesos políticos culturales que armonicen la participación ciudadana con la lucha político reivindicativa, lo institucional y lo extra institucional.

Los movimientos sociales se constituyen en sujetos políti-

cos cuando entran en conflicto con el orden establecido. Por un lado, contra la lógica del mercado y, por otro, contra los poderes locales. Es decir, son portadores de nuevos proyectos sociales y culturales que no solo se preocupan por los requerimientos económicos, sino que deben establecer nuevas formas de los derechos en la sociedad.

En este contexto, los movimientos sociales deben convertirse en los gestores de la nueva democracia, la cual obliga a superar la noción de gobernabilidad, entendida como la ingeniería institucional que busca afianzar la democracia representativa y olvidarse de cambiar las verdaderas estructuras de poder establecidas, que no permiten una adecuada repartición de la riqueza y excluye a la mayoría de la población.

Esto no quiere decir que la lucha de los movimientos sociales sea un rechazo a todo lo institucional, sino que su lucha también debe propender a cambiar las instituciones. No deben quedarse enquistados en las instituciones del Estado sino construir nuevas redes que permitan intercambiar e infundir nuevos significados a la política y su quehacer.

Los movimientos sociales al construir nuevos espacios públicos, no únicamente el espacio público estatal, permiten establecer nuevos escenarios discursivos donde se producen contradiscursos con el fin de formular oposiciones de sus identidades, intereses y necesidades.

Deben plantearse ampliar las redes y cabildeos con otros actores que pueden ser aliados políticos. En el sentido del cabildeo también es una forma de escarbar los intersticios del poder tradicional. Aquí estamos construyendo la democracia, el nuevo sentido de ciudadanía, el nuevo sentido de política y un movimiento político hegemónico.

El nuevo momento de los movimientos sociales

Ricardo Carrillo
Ecuador

Ricardo Carrillo es quiteño. Estudió Antropología Aplicada y tiene una maestría en Estudios Latinoamericanos. Fue secretario técnico de la Coordinación de Gobiernos Locales Alternativos y consultor de la UPS – GTZ (cooperación alemana) para la elaboración de la línea de base sobre sistematización de procesos participativos. Además, es profesor universitario, tiene una amplia producción editorial y ha sido ponente en seminarios y talleres, dentro y fuera del Ecuador. En la actualidad es Subsecretario de Participación en la Secretaría de Pueblos.

Festejar la revolución ciudadana es pensar en el profundo compromiso que tenemos los movimientos sociales en estos nuevos momentos de transformación que vive el Estado ecuatoriano y el conjunto de la sociedad. Pero este festejo, sólo puede ser posible por la lucha permanente que deben plantearse los movimientos sociales del país y, me atrevería a decir, de Latinoamérica, que a partir de los años noventa han buscado construir una nueva democracia.

Discutir la construcción del sujeto histórico es entender que las sociedades son diversas y plurales. Pero el pluralismo apunta a una profunda transformación del ordenamiento simbólico de las relaciones sociales. Al inicio de un proceso de construcción de una democracia plural, se requieren relaciones donde emerjan la diversidad y la diferencia, el conflicto y el diálogo intercultural, porque la categoría de sujeto único y vanguardista **no es posible en sociedades diversas**. Los sujetos se constituyen en el juego de las relaciones sociales, entendidas éstas como relaciones significativas y de poder.

La democracia no requiere de una teoría de la verdad universal ni de nociones como validez incondicionada, sino múltiples prácticas y movimientos programáticos intentan-

do persuadir a la gente de ensanchar el campo de sus compromisos y acuerdos con otros, y buscando construir una comunidad más inclusiva que luche por los derechos.

El gran acuerdo de los movimientos sociales en el Ecuador es la Constitución. En consecuencia, estamos en un proceso de sentar las bases para construir nuevas instituciones democráticas y también una concepción de justicia democrática, para lo cual se requiere -aunque suene redundante- de un *ethos* democrático que les permita funcionar apropiadamente y mantenerse.

La sociedad democrática no puede pensarse como aquella que alcanza el ideal de la armonía perfecta en las relaciones sociales. La democracia solo puede existir en tanto ningún grupo de la sociedad pueda arrogarse el derecho de que el lugar del poder le pertenece ni se erija en representante de la totalidad.

La democracia no solo pelagra cuando no hay posibilidad de alcanzar algún consenso respecto de sus instituciones y los valores en que se sustenta, sino también cuando su dinámica de lucha aparece negada por la emergencia de un aparente consenso sin grietas. La desaparición de las diferencias entre los partidos políticos no es el resultado de una supuesta madurez política sino, en la mayoría de los casos, es la expresión de un vacío de poder.

La ciudadanía democrática puede constituir formas diversas de lucha y participación y, lejos de ser un peligro para la democracia, es de hecho su verdadera condición de existencia. Esto sin duda generará conflictos y enfrentamientos, pero éstas no serán luchas entre enemigos sino entre adversarios, en tanto todos los participantes reconocerán las posiciones de los otros como legítimas. Tal comprensión de la política democrática es lo que Chantal Mouffe llama precisamente pluralismo agonístico.

Una democracia radical y plural implica: 1) la necesidad de reconocimiento del otro y la imposibilidad de anular las diferencias, y 2) la aceptación del antagonismo, como una dimensión propia del campo de la política.

Reconociendo las tendencias y contradicciones existentes en los intercambios sociales y la fragilidad de todo orden democrático, es que seremos capaces de comprender la tarea fundamental de la confrontación democrática.

Es imposible pensar y debatir acerca de las ideas de decisión política y responsabilidad ética, sin que esto implique elección, riesgo, negación de otras alternativas o la apertura de posibilidades: todo consenso es siempre inestable y caótico, sin olvidar que una permanente estabilidad significaría el fin de la política y la ética.

La construcción de la nueva democracia no debe ser considerada como algo natural, o resultado de la evolución moral de la humanidad, sino como un campo permanente de conflicto cuyos efectos son siempre inciertos y precarios. Advertidos contra la ilusión de que una democracia puede ser completamente alcanzada, esto nos fuerza a mantener viva la resistencia democrática. Buscar la emancipación de la sociedad nos obliga a los movimientos sociales a repensarnos y a ser creativos en la búsqueda de una nueva sociedad. Es necesario revitalizar la utopía.

En este contexto, surgen los nuevos actores sociales que, según Touraine (2000), orientan su lucha por los derechos identitarios y otros aspectos culturales que habían permanecido ocultos en la doctrina del marxismo. Los jóvenes, las mujeres, las comunidades eclesiales de base (CEB), sustentan su organización en elementos identitarios grupales que -sin alejarse de las confrontaciones por transformar la estructura de la sociedad- establecen su ámbito de lucha, a partir de la identidad.

Estas nuevas configuraciones son los dispositivos que articulan a los nuevos movimientos sociales. La cultura, según Castro Gómez (s/f), es el nuevo dispositivo que promueve la resistencia, por el derecho al reconocimiento de las identidades grupales. Pero el reconocimiento no se queda únicamente en la aceptación sino que supone la exigencia de participación.

Para Foucault (1986) sólo existe un sujeto social cuando éste busca confrontar el poder establecido; es decir, transformarlo. Es en esa dinámica que emergen los movimientos sociales, los cuales solo a partir de la revitalización de formas organizativas, o la invención de nuevas, pasan a ser protagonistas políticos. Su accionar se enmarca en el conjunto de tácticas y estrategias por el cambio de la sociedad. Las estrategias como las entiende De Certeau (1996) están organizadas por principios de poder. Los movimientos sociales en su proceso de emancipación de la sociedad y construcción de una democracia participativa buscan establecer un nuevo poder desde la perspectiva social, situar tácticas y estrategias en la construcción de un tejido social transformador.

La necesidad de confrontar al poder históricamente establecido es lo que determina el ámbito de acción de las redes y alianzas entre sectores sociales, entendidas éstas como los múltiples cruces y lazos existentes entre las organizaciones de movimientos, los participantes individuales, los actores del Estado, de la sociedad civil y los actores políticos reconocidos. Las redes abarcan más que organizaciones de movimientos y sus miembros: incluyen participantes ocasionales en eventos, o en acciones de los movimientos y colaboradores de las ONG y otros ámbitos de la sociedad civil. En muchas ocasiones, se suman universidades u otras instituciones que hacen trabajo cultural y también se incluyen espacios de la iglesia. Algunas de estas instituciones, en determinados

momentos, apoyan las luchas y las metas de los movimientos y ayudan a desplegar sus discursos contra las políticas de las instituciones dominantes. Así, permiten el surgimiento de interacciones tácticas y estratégicas cuyo accionar no se detiene en la conquista de intereses específicos, sino que entre sus objetivos constan la construcción de nuevos códigos culturales y simbólicos que definen la identidad colectiva de los sujetos, al interrelacionarse y crear propuestas colectivas producidas a través de diálogos interculturales que involucran al conjunto de la sociedad y permiten dar un salto de movimientos sociales a sujetos políticos que articulan el pasado con el presente. Aquí la tradición no es un elemento que debe ser eliminado como era entendido en el pensamiento moderno-occidental, sino que es un elemento que permite la revitalización identitaria.

Las redes de movimientos sociales no deben ser pensadas en el sentido de la fragmentación entre grupos sociales o etnias hostiles entre sí, su propuesta se enmarca en la perspectiva de un proyecto político colectivo, pensado en la revitalización de la democracia, en el sentido de propuestas políticas y sociales que ayuden a mejorar la calidad de vida y propongan una mejor redistribución de la riqueza. Como dice Frazer (1999), en la perspectiva de construir espacios y esferas públicas que obliguen, desde los conflictos y propuestas de los distintos actores sociales, a buscar consensos de acuerdo a las necesidades colectivas.

Este proceso se plantea como una construcción a través de la socialización, donde tengan que concordar aspectos ideológicos y simbólicos que estructuren una nueva propuesta de sociedad. Es pensar -como dice Touraine (1994)- la cultura política como cultura democrática, definida no en el sentido de igualdad totalitaria, sino desde una visión holística, que permita repensar el sistema jerarquizado. Es donde se

armonizan las libertades negativas y las libertades positivas en perspectiva de un nuevo sentido de democracia.

La confrontación y la lucha por el poder entre los sectores dominantes y los sectores dominados construyen como dice Unda (1998) una categoría de pueblo como sujeto político de su propio destino que, también como lo señala Hinkelammert (1997), es un pueblo que busca emanciparse y tiene sentido de liberación, contraponiéndose al sistema que lo oprime.

El sentido de emancipación en los sectores subalternos, como dice Barrera, busca articular el conjunto social y político como síntesis de elementos de identidad y oposición que constituyen una perspectiva común de lucha y de cambio. Y es a partir de estos encuentros, alianzas y diálogos que buscan constituirse en movimientos sociales, sujetos políticos históricos que se plantean una práctica política de acción democratizante que transforme la realidad y construya prácticas sociales que subviertan la democracia formal y se planteen un nuevo sentido de democracia. Democracia que no descansa únicamente en la transformación de las leyes del Estado, sino sobre todo en la estructuración de una cultura política de respeto al otro, a las libertades individuales y colectivas. Democracia que se verá revitalizada cuando esté llena de un deseo de liberación.

El nuevo proceso de participación de los actores sociales y su nueva política de participación y de confrontación a la democracia excluyente, se encaja en la perspectiva de los nuevos movimientos sociales que, según Escobar (2001), va mucho más allá de las comunidades locales, son movimientos, sujetos políticos históricos que deben plantearse la modificación de la realidad. Según Mouffe y Laclau (s/f) son movimientos contrahegemónicos, que buscan construir su hegemonía como cemento orgánico, y que a través de la ideología, el diá-

logo y la participación de sus actores buscan suturar las acciones sociales en una propuesta política que transforme el poder dominante. Es decir, solo puede existir hegemonía o contrahegemonía si se piensa en construir un sujeto histórico.

Estos sujetos políticos, según Castro-Gómez (1996), deben ser constructores de nuevas prácticas culturales, institucionales, sociales y políticas. Deben ser los encargados de revalorizar la vida cotidiana y mediante su acción colectiva pensar la sociedad y establecer una nueva forma de entender la cultura política. Para Escobar (2001) la política, cultura y la cultura política, determinan los significados de las prácticas sociales y luchan por transformarlas, más aún, se preocupan por revitalizar la identidad y la participación otorgando un nuevo sentido a la democracia.

Para Touraine (2002), los movimientos sociales -como actores políticos, sujetos históricos- deben ser mucho más que un grupo de interés particular o un instrumento de presión política. La acción de los movimientos sociales debe cuestionar los modelos culturales implantados por los grupos dominantes que controlan el poder. Los movimientos sociales se constituyen en sujetos políticos cuando entran en conflicto con el orden establecido contra la lógica del mercado y contra los poderes locales. Estos movimientos deben ser portadores de nuevos proyectos político-culturales que no solo deben preocuparse por los requerimientos económicos, sino que deben repensar los derechos y los deberes en la sociedad. Pensar que el otro es el origen de mi responsabilidad, es una nueva forma de entender el poder. Esta nueva forma de comprender los movimientos sociales nos convoca a construir un proceso contrahegemónico entre los sectores sociales, es pensar en la relación entre lo político y la política, entre la economía y la producción simbólica. Únicamente a partir de que estos elementos se repiensen podremos

decir que estamos construyendo un nuevo sentido de poder. La construcción de una nueva hegemonía debe orientar la lucha política y permitirnos una apropiación del sentido de poder, el cual revitaliza la identidad y la acción como ciudadanos.

Para Williams (1980) no se debe pensar la hegemonía únicamente en relación con la dominación estructural y las clases sociales, como lo hizo tradicionalmente la izquierda, sino que se la debe pensar en el entramado de sentidos que se tejen en la vida diaria, ya que la hegemonía hace referencia al conjunto de fuerzas activas sociales y culturales, que hacen posible -a su vez- la legitimación de un nuevo orden. Esta acción debe ser entendida como un proceso social en el que se define un nuevo sentido de la vida. Es una dimensión estética y política que hace referencia a transformaciones en el conjunto de la sociedad, al cambio de valores y creencias relacionadas con intereses particulares de los actores sociales. Pero estos no deslegitiman ni anulan los intereses colectivos. La hegemonía es un entramado de prácticas y representaciones constitutivas en un sistema de significados y significaciones que configuran un nuevo sentido de la realidad y de lo social.

La hegemonía, según Williams, no es un proceso totalitario, sino que requiere ser permanentemente reproducido, renovado, recreado y defendido. No es un proceso estático sino una lucha continua, pues debemos tener claro que donde existe hegemonía, siempre existirá resistencia y, desde ahí, se darán respuestas contrahegemónicas que busquen construir hegemonías alternativas. Son nuevos procesos sociales y culturales donde se toman en cuenta tradiciones, instituciones y formaciones. La tradición es un elemento importante para repensar la hegemonía: se trata de un proceso activo de la lucha social y de la identidad de los pueblos.

La tradición no es una mera supervivencia del pasado, sino una fuerza activamente configurativa, mediante la cual se produce un proceso intencional de reelaboración selectiva del pasado, en perspectiva de su predispuesta continuidad, y que permite la construcción de nuevos sentidos en el presente. Williams advierte de que esta forma de acción debe considerar la relación entre lo residual, emergente y dominante. Lo residual no como lo arcaico, sino como el sentido activo y político que revitaliza la identidad.

Es justamente por este carácter activo y político de lo residual que se aglutinan los nuevos movimientos sociales a través de redes y alianzas. Y, a su vez, se distancian de la cultura dominante y la impugnan. Lo residual hace posible la construcción de nuevos significados, significaciones y sentidos que plantean un nuevo orden en la sociedad, y hace evidente la acción de la tradición como proceso político activo, conscientemente selectivo y conectivo, para la ratificación cultural y político-histórica de un nuevo orden que cuestiona el orden hegemónico dominante.

Los actores sociales y política cultural

Los actores sociales y sus luchas deben ser entendidas desde una perspectiva político-cultural como guerras de interpretación, como procesos que se desatan cuando entran en conflicto conjuntos de actores sociales. La cultura política es un espacio donde se da cabida al conflicto, permite e involucra a los campos institucionalizados en la negociación del poder. En este sentido, los actores sociales desde su acción colectiva, plantean y construyen nuevas definiciones de democracia y ciudadanía. Aquí, el poder no se entiende como bloques de estructuras institucionales con tareas pre-

establecidas y fijadas para dominar y manipular, sino como una relación social difundida en todos los espacios, es pensar en la descentralización del poder y la política. Los actores sociales piensan el poder mucho más allá de los supuestos tradicionales como el sistema político, el poder del Estado, los partidos políticos y las instituciones formales. El poder es una construcción que obliga a repensar las relaciones al interior de los movimientos sociales y su propio quehacer en la sociedad.

Es necesario repensar el espacio de la cultura política, que no ha sido pensado desde la democracia liberal, como un espacio que piensa la cultura, desde el involucramiento de un proceso colectivo e incesante de producción de significados que moldea la experiencia social y configura las relaciones sociales, ya que -como dice Escobar- la cultura no es una esfera sino una dimensión de todas las instituciones económicas, sociales y políticas. La cultura es un conjunto de prácticas materiales que constituyen significados, valores y subjetividades.

La relación de los movimientos sociales y la producción cultural siguen siendo el espacio del ejercicio de construcción de poderes sociales que es necesario revitalizar. Es un espacio que permite construir múltiples espacios políticos que armonizan la tradición y la actividad cotidiana, es pensar en espacios con diversos actores donde a través de los disensos se llegan a acuerdos, según las necesidades de los actores.

La construcción de la nueva democracia supone pensar en la posibilidad de estructurar nuevos actores sociales ciudadanos, construir condiciones de participación directa y hacer que la sociedad pase del régimen político tradicional, a una sociedad política que permita la participación activa de las mayorías, no solo en el proceso electoral sino -sobre

todo- en la toma de decisiones que competen a la colectividad. Como dice Bobbio (2001): se trata de pasar de la democracia representativa a la democracia directa, de las decisiones tomadas por las oligarquías a las decisiones tomadas por los actores sociales.

Si queremos que las instituciones de la sociedad cambien, es necesario cuestionar el sistema y proponernos la construcción de nuevas instituciones que permitan la real participación de la sociedad. Esto es pensar en un nuevo tipo de democracia, es tomar en cuenta que la sociedad y las acciones sociales que en ella se producen, son parte de un nuevo sentido de cultura. Como dice Williams (1999), la cultura es un sistema donde se producen ideas, actitudes, lenguajes, prácticas, instituciones y estructuras de poder que se revitalizan permanentemente por las prácticas culturales de los distintos sectores.

Según Cunill (1998), no puede haber participación, si no existen posibilidades reales de ejercitar la libertad e igualdad política, si no hay mínimas condiciones de igualdad social, en términos de educación, salud y seguridad material, y -en general- si no existe participación en las principales oportunidades sociales, si no se involucra la sociedad en los asuntos públicos, si no se promueve un ejercicio de apropiación de ellos, si no la sociedad no se siente actor de estos espacios.

La participación no es un elemento constitutivo de los medios institucionalizados de gobierno, debe ser entendida como una acción contrahegemónica, de contrapoder al servicio de los actores políticos y sociales, no oficiales, en la perspectiva de reestructurar las relaciones de poder, el poder debe ser entendido como la acción de los movimientos sociales y la toma de decisiones en los asuntos de interés colectivo.

La acción-participación debe tener una dimensión cultural-social que reconstruya un nuevo discurso del desarrollo,

ya que éste ha sido entendido únicamente como los beneficios económicos para un sector. El nuevo sentido de desarrollo debe tener en cuenta las necesidades básicas de todos los ciudadanos, debe desterrar la pobreza, tener una dimensión político-económica, dar poder a los marginados y crear un puente entre el orden establecido y sus propias metas. El nuevo sentido de desarrollo debe incorporar los otros conocimientos: los ancestrales que han sido excluidos por considerarse no científicos, la participación y el desarrollo deben buscar armonizar a los seres humanos con la naturaleza. Se trata de pensar un nuevo sentido cultural de la sociedad.

Bibliografía

- Andrade, Pablo (1999). *El imaginario democrático en el Ecuador*. CAAP. Quito.
- Bobbio, Norberto (2001). *El futuro de la democracia*. Fondo de Cultura Económica. México.
- Benedict, Anderson (1993). *Comunidades imaginadas*. Fondo de Cultura Económica. México.
- Castro-Gómez, Santiago (1996). *Crítica de la razón latinoamericana*. Puvill Libros. Barcelona.
- De Castro, Regis (1996). *Democracia y participación popular*. ILDIS. Bolivia.
- Echeverría, Julio (1997). *La democracia bloqueada*. Letras. Quito.
- Foucault, Michael (1988). Sujeto y poder. En: *Revista de Sociología Mexicana*. México.
- Fraser, Nancy (1999). *Repensando la esfera pública: una contribución a la crítica de la democracia actualmente existente*. CAAP. Quito.
- Hinkelamert, Franz (1997). La polisemias de lo “popular” y

-
- lo "ciudadano". En: *Ecuador Debate*. Quito.
- Laclau, Ernesto (s/f). *Emancipación y diferencia*. Ariel. Barcelona.
- Laclau, Ernesto, y Mouffe, Chantal (1970). *Hegemonía y estrategia socialista*. Siglo XXI. México.
- Laclau, Ernesto. *Si pasa no debe ser. Si es no pasa. Abrámonos la cabeza y la de los otros también*. <http://www.ilhn.com/megafone/archives/000063.html>.
- Lechner, Norbert. *La dimensión cultural de la política*. En: <http://www.nexos.com.mx>
- Moreano, Alejandro (1996). *La nueva historia del Ecuador, formación del nuevo poder*. Corporación Editora Nacional. Quito.
- Mouffe, Chantal (1999). *El retorno de lo político: comunidad, ciudadanía, pluralismo y democracia radical*. Paidós. Barcelona.
- Mouffe, Chantal. *La nueva lucha por el poder*. En: <http://www.politica.com.ar/filosofiapolitica>.
- O'Donnell, Guillermo (1993). *Democracia delegativa*. Nueva Sociedad. Caracas.
- Pachano, Simón (1996). *Democracia sin sociedad*. ILDIS Quito.
- Sánchez-Parga, José et. al. (1991). *Ecuador, la democracias esquivas*. ILDIS Quito.
- Sánchez-Parga, José (1995). *Conflicto y democracia en el Ecuador*. CAAP Quito.
- Touraine, Alain (2002). *A la búsqueda de sí mismo: diálogo sobre el sujeto*. Paidós. Barcelona.
- Touraine, Alain (1994). *Qué es la democracia*. Talleres Gráficos Peñalara Madrid.
- Wallerstein, Immanuel (1999). *Abrir las ciencias sociales*. Siglo XXI. México.

Los planteamientos de la nacionalidad Quito-Cara

Manuel Gómez
Ecuador

Manuel Gómez es representante del pueblo yumbo de la nacionalidad Quito-Cara.

En el último congreso de los quitucaras¹ establecimos como mandato entrar en un proceso de reconstitución del pueblo. Entre otros problemas, como estamos dentro de la ciudad, somos naturales de Quito, hay quienes no se reconocen como indígenas. La autodeterminación es, para nosotros, una prioridad.

Aunque siempre hemos participado en los procesos de lucha social y somos filiales de las organizaciones madres que nos representan, nuestras aspiraciones y reflexiones no han sido recogidas en la agenda general. En el momento actual es de suma importancia pensar en nuestra refundación y reconstitución, y consideramos que el gobierno actual nos brinda la posibilidad de repensar hacia dónde vamos, y de oír y analizar los cuestionamientos internos hacia la dirigencia y hacia el liderazgo que ésta ha ejercido, el cual no ha fortalecido las formas organizativas específicas.

En lo inmediato nuestra preocupación es vigilar el agua:

¹ La nacionalidad Quitú-Cara está constituida por comunidades urbanas, periurbanas y rurales dentro del distrito metropolitano. Las comunidades son representadas por un consejo de gobierno. Aun, dentro de la ciudad, la ritualidad y las expresiones culturales permanecen.

participamos en la elaboración de la ley de recursos hídricos, ahora debemos seguir el camino del agua desde la microcuenca hasta la cuenca. Nuestras comunidades están organizadas en juntas de agua, cuya administración establece las políticas del manejo de los recursos hídricos. Sin embargo, hay lugares en los que manda más el hacendado que vive cerca al volcán Pichincha porque el agua pasa por sus terrenos. Cuando digo que sigamos el camino del agua, me refiero a que es nuestra obligación sentarnos en igualdad de condiciones, como usuarios, y participar en la toma de decisiones y soluciones concretas.

Con el establecimiento de Quito como distrito metropolitano todas las conquistas logradas en el estatuto autonómico se pierden porque el manejo del agua, incluso de los sistemas comunitarios, va a pasar a la Empresa Municipal de Alcantarillado y Agua Potable (EMAAP). Por ejemplo, como parte de la reforestación de las laderas del Pichincha, se siembran pinos y eucaliptos, que son como bombas de agua, chupan toda el agua; o rellenan las quebradas que para nosotros son sitios sagrados. Sí, tenemos mucho que decir: sabemos por nuestros abuelos cómo reforestar, cómo proteger el agua y criarla.

También criticamos la planificación de la ciudad: su crecimiento ha sido bastante desordenado. Nuestra intención no es formar parte del juego político sino proyectarnos, como comunidad, a largo plazo. Por eso planteamos la entrada a un proceso de refundación de la ciudad para que se recojan nuestras reflexiones y necesidades: tenemos nuestras propias formas de relacionarnos, nuestras propias formas organizativas que son circulares y no piramidales, no son estáticas, son vivas, están en constante movimiento; somos un pueblo que tiene un consejo de gobierno y se responsabiliza por sus decisiones.

Tenemos la necesidad de repensarnos internamente dentro del proceso de cambio institucional que vive la sociedad ecuatoriana pero, en nuestro caso, al interior de un gobierno local: Quito.

También creemos que hay que constituir una nueva normativa y una nueva organización de la ciudad donde se visibilicen los pueblos ancestrales que han sido aislados y olvidados a causa del crecimiento urbano. No ha existido una planificación que respete la ancestralidad de estas comunas históricas. En este proceso se diferenciará bien qué es un dirigente y qué es el liderazgo. El dirigente es una construcción individual, el liderazgo es una construcción colectiva.

Los tiempos de la revolución y el sujeto histórico del cambio

Orlando Pérez
Ecuador

Orlando Pérez es quiteño. Estudió periodismo y un posgrado en Literatura en Cuba. Ha ejercido el periodismo durante la mayor parte de su vida profesional. En 2008 fue nombrado Secretario de Prensa de la Asamblea Constituyente y de la Asamblea Nacional, donde también colaboró como asesor del presidente de ese organismo, Fernando Cordero. En la actualidad es viceministro de la Secretaría de Pueblos, Movimientos Sociales y Participación Ciudadana.

El devenir

El Ecuador experimenta uno de los debates y conflictos más democráticos de su historia contemporánea y ocurre porque las fuerzas sociales y los actores políticos han puesto sobre su geografía todas las tensiones y propuestas para desatar un proceso político abarcador y provocador.

En este escenario hay dos factores que definen el desarrollo de ese proceso: los actores y el tiempo en que éstos actúan. Ambos factores frenan, aceleran, nutren y convierten al proceso en un motivo de reflexión intensa. La complejidad política del país se visibiliza en el proceso: por un lado, existen fuerzas políticas en crisis o en recomposición y, por otro, las organizaciones sociales asumen la acción política directa (una vez superada la mediación de los partidos), crean expectativas y desabrochan todos los dogmas que sobre su rol, en un proceso de cambio, deben cumplir.

Abocados a la temporalidad de los cambios, los actores políticos humanos y los sujetos sociales de las transformaciones políticas experimentan una paradoja que humanamente es difícil de sopesar y dimensionar, pero que a la vez marca su

comportamiento político: el resultado de los cambios que van a generar no necesariamente lo vivirán en el lapso de sus vidas.

El ejemplo ecuatoriano más evidente lo tenemos en Eloy Alfaro: luchó contra el conservadurismo de su época, peleó contra todas las fuerzas que aseguraban -y aseguraron después de su muerte- el control latifundista sobre la tierra, el poder político-económico antiliberal y la existencia de un sistema social fuertemente católico y que -al final- nunca pudo ni ha podido declararse laico y existir como tal. Han pasado más de cien años de la gesta montonera y las aspiraciones de aquella época, en su sentido más esencial, recién empiezan a concretarse.

Los tiempos de las transformaciones (como ya lo señalaron y reflexionaron en su momento Marx, Lenin, Trotsky, Mao, el Che, entre otros) conllevan fuertes contradicciones en los actores y en los sujetos de los cambios. Éstas necesariamente conducen a la construcción del proceso histórico y también a la edificación del perfil y características de sus actores. Los nuevos ciudadanos y ciudadanas se crean y desarrollan paulatinamente, aunque el ritmo contemporáneo sea vertiginoso. De ahí que cambiar el futuro implique transformaciones en el presente y -por ende- los sujetos y actores del cambio viven con la presión del día a día y la demanda de una concreción casi instantánea de sus postulados.

Tiempos de acumulación

Tenemos por costumbre mirar hacia el futuro como si en él todas las realizaciones adquiriesen el grado de conquista y epopeya. Esa mirada nos construye cotidianamente en nuestro accionar y sobre todo en las relaciones que implementamos con la realidad que queremos cambiar. Desde el

presente acumulamos, experimentamos y construimos el futuro, con la mirada puesta en alcanzar la epopeya, de cuyos resultados esenciales -quizás- no lleguemos a disfrutar. El actual proceso político ecuatoriano busca hacer realidad el buen vivir (el *Sumak Kawsay*, principio indígena andino, presente en noventa y nueve artículos constitucionales), que postula el equilibrio entre los seres humanos y la naturaleza para alcanzar una mejor calidad de vida. La vida en plenitud. El buen vivir es un proceso, y para alcanzarlo es necesario avanzar en la creación de derechos, oportunidades y libertades que posibiliten un desarrollo equilibrado en lo social económico, productivo y ambiental. Es más, ya puesto sobre el tapete de la realidad política, este postulado se convierte en el paradigma que pone en discusión todas las formas de concebir la realidad, su transformación y los argumentos ideológicos y filosóficos que han sostenido las anteriores visiones y programas políticos.

El buen vivir es el objetivo común que nos une como revolucionarios ecuatorianos de estos tiempos y gracias al cual ya hemos atravesado momentos de acumulación política caracterizados por dos factores que nos identifican y revelan:

1. La participación activa (movilización, resistencia, lucha callejera, activismo electoral) en el marco de la democracia formal y durante los períodos dictatoriales o democrático-dictatoriales, a lo largo de las tres últimas décadas.

2. La construcción de organizaciones, partidos y movimientos políticos, la mayoría a lo largo del siglo XX, bajo la influencia crítica del marxismo-leninismo, y con posterioridad desde la sociedad civil y bajo los signos de la ciudadanía.

Con esos dos factores se han ido perfilando los luchadores sociales desde la militancia partidista, la identificación ideológica, la participación espontánea pero profundamente política, y también desde el desencanto y hasta desde la co-

optación del Estado en sus diferentes expresiones liberales y neoliberales. En todo ello hay un elemento que ha distorsionado la caracterización del sujeto histórico de la transformación (o por lo menos no se identificó plenamente: primero fue el proletariado, luego el indígena, también los luchadores sociales urbanos, etc.): masa o masas. Esa masa constituyó el objeto de la movilización y también de seducción electoralista. De ella, según los marxistas, saldrían los dirigentes, los líderes, los cuadros, en un proceso de formación y capacitación teórica y práctica. La cantera o la masa de la revolución darían lugar al florecimiento de la organización social, política y militar para la toma del poder. Empero, esa masa debía estar guiada y subordinada a cierto liderazgo, caudillista y vertical, sin descontar la ausencia de cierto mesianismo. Esa masa debía tener una vanguardia dirigente, expresada, de mil modos, en las distintas experiencias socialistas, comunistas, guevaristas, entre otras. Por largos períodos el actor fundamental de la lucha social en los tiempos de acumulación fueron los intelectuales (bajo la etiqueta secretario general de partido, del sindicato o pensador orgánico de los partidos de izquierda) quienes guiaron y condujeron esos procesos. Sin descontar en ello las experiencias y fracasos de los procesos político-militares, a cargo de dirigentes nacidos de las estructuras de la organización estudiantil o de partidos semiclandestinos o no reconocidos legalmente por el Estado.

Esa acumulación decantó también la cultura, las formas de relacionarnos y un elemento vital en el Ecuador: las diversidades étnicas, regionales, culturales en general, para la construcción del sujeto histórico del cambio. Pasamos de un folclorismo sustentado por ciertas élites intelectuales y económicas a un mayor reconocimiento de nuestras identidades, que tuvieron su impacto en los procesos educacionales y cul-

turales, y que se pudieron expresar hasta cierto nivel en las constituciones de 1978 y 1998. Por ello, son relevantes –en el siglo pasado– los protagonismos, primero de los movimientos campesinos y obreros hasta los 80, y del movimiento indígena del 90 en adelante, no solo desde la acción y movilización política, sino en la inserción en el debate cultural y académico de quienes hacen la historia del Ecuador.

En este momento, con la mirada en ese pasado, nos deberíamos preguntar qué tipo de sujeto histórico se construyó en la etapa de acumulación y cómo se expresó en cada una de sus actuaciones. Las respuestas van a configurar las razones que ahora nos confrontan, con los ideales y los esquemas con los que imaginamos el presente que vivimos. Por cierto: evaluar ese pasado –el tiempo inmediato que ya terminó y que de algún modo pudimos vivir– nos debería, obligatoriamente, esclarecer qué clase de actores políticos tenemos en este presente, aunque resulte enredado ponerlo de este modo.

Para el análisis apuntaría tres postulados:

1. La organización social y popular estimuló la participación activa de las masas (pobres, analfabetas, desarraigadas, marginales, migrantes) en los procesos políticos sin capacidad efectiva de incidir directamente en la toma de decisiones, sólo a costa de una exigente resistencia a las propuestas hegemónicas de los distintos poderes y gobiernos. Hasta diría que han sido más fuertes las presiones económicas, desde las políticas gubernamentales, las que han forzado e incluso consolidado la organización social y política. Pruebas de ello se encuentran al revisar los hechos ocurridos en la masacre del 15 de noviembre de 1922, en La Gloriosa de 1944, tras la crisis desatada por la derrota en la guerra contra Perú, y durante la arremetida privatizadora de los 90. En muchas ocasiones las masas fueron movilizadas para fines electorales,

pero también en coyunturas concretas donde incidieron en el cambio inmediato pero no en la solución efectiva y esencial de sus problemas y demandas más importantes¹.

2. Esos luchadores sociales y actores políticos no se vieron a sí mismos como los factores intrínsecos del cambio y delegaron a las organizaciones políticas y/o a los líderes locales y nacionales esa responsabilidad, luego de la acción efectiva en las calles y carreteras, para luego demandar la consecuencia con la lucha o juzgar por traición a los dirigentes. De hecho, el mayor error fue “delegar” en el siguiente mandatario un programa y una propuesta sin sostenimiento orgánico, pasando sólo por la cuota burocrática o el acuerdo parlamentario. Basta ver el lugar político que ocuparon las líderes indígenas Dolores Cacuango y Tránsito Amaguaña, luego de sus luchas por la tierra: las organizaciones las abandonaron y hasta que no hubo algún pretexto coyuntural no se acordaron de su existencia.

3. Los luchadores sociales, al alcanzar el poder, al asumir las responsabilidades de la conducción revolucionaria, desde las instancias de poder ya no tienen la misma condición de transformadores porque ingresan en el mundo de la burocracia que, por definición, es conservadora². Cuando al-

¹ Las caídas de los presidentes Abdalá Bucaram, Jamil Mahuad y Lucio Gutiérrez dejaron como evidencia que las luchas gremiales no consiguieron los fines para los cuales se convocaron. Los partidos políticos tradicionales (tradicionales en su manera de ver y ejecutar la política) apuntalaron los derrocamientos y utilizaron a esas organizaciones y luchas para fines políticos concretos que mantuvieron el statu quo y no permitieron la consecución de un cambio político profundo.

² No hay que olvidar que algunos dirigentes gremiales son parte de la burocracia estatal y en ella se identificaron con la lógica estatista y demandaron ante todo garantías y prebendas para sus dirigencias y grupos específicos y se olvidaron de los intereses de la ciudadanía.

gunos dirigentes y/u organizaciones han alcanzado cargos de dirección administrativa del Estado como ministerios, alcaldías o prefecturas han demostrado que pueden sostenerse en un Estado represivo, conservador y excluyente, y negarse a subvertirlo. A lo sumo, con otros compañeros de la misma línea, su exigencia para mantenerse en el cargo, vía reelección o continuidad, es la demanda de más presupuesto para su obra (clientelar).

Paradójicamente, el proceso de acumulación también dejó en el camino muchas teorías, líderes y organizaciones que no soportaron la demanda del cambio, desde su interior y hacia afuera, de modo que sucumbieron a la realidad. Por eso, a esos dirigentes “históricos” (sindicales, comunistas, campesinos, indígenas, estudiantiles, gremiales) los vemos arrinconados en sus postulados y teorías sin calzar en la contemporaneidad, aunque a ratos, por suspicacia de ciertos medios, saltan a la luz pública a expresarse. Como tal, esa acumulación verificó la necesidad de nuevas voces y expresiones frescas, que no tuvieron espacio en las organizaciones tradicionales. Por eso y por mucho tiempo algunos supuestos líderes políticos se mantuvieron en escena hasta que apareció otra imagen, otro tipo de liderazgo, que los eclipsó.

Tiempos de revolucionar

Compelidos al acto mismo de la transformación, los actores políticos revolucionarios tienen para sí la urgencia de hacerlo todo con la misma intensidad y velocidad con la que derrumbaron, o por lo menos trastocaron, el sistema que combatían. En esas circunstancias, los tiempos apremian y obligan a la realización inmediata de los postulados

y la concreción casi instantánea de los sueños.

Quizás por eso, las tensiones entre los teóricos y los operadores políticos aparecen y se hacen irreconciliables en el futuro inmediato. En otras palabras: actuar en la efervescencia revolucionaria pone a prueba la capacidad de respuesta a la urgencia de revolucionar las coyunturas, sin dejar de pensar en un futuro cercano y constatando que lo que se está haciendo corresponde a esa previsión teórica o política diseñada en el proceso de acumulación. De hecho, el temor de volver al pasado amenaza al propio proceso porque no se verifican los cambios en el día a día. Eso revela a los dirigentes y a los actores en la real dimensión del proceso de transformación: se deben cambiar las circunstancias para que el futuro no resulte tan lejano y para que se puedan disfrutar o materializar los sueños que se forjaron en la preparación de la lucha y en la confrontación con las fuerzas opositoras al cambio.

Señalo esto porque en los momentos más tensos de la victoria política (electoral o militar) aparecen las contradicciones a flor de piel, las que no se convierten en graves problemas por la euforia, pero en el momento que se advierten las exigencias del ejercicio del poder pueden marcar la verdadera razón que llevó a esos actores a revolucionar o trastocar el sistema. Es ahí cuando cambian los roles: vemos a aquellos “guerreros”, vencedores de las más difíciles batallas (electorales o militares), convertidos en pésimos administradores porque siguen en la lógica de derrotar enemigos por todas partes, ganar batallas a todo momento y olvidar que en la generosidad de la victoria urge el apareamiento de los realizadores, planificadores y burócratas de la revolución. Entonces uno se pregunta quién es el actor y el sujeto del cambio político, pues ya no estamos en la oposición ni tampoco en la confrontación total. ¿Los opositores y críticos se asumen como los sujetos, en este

momento, del cambio? ¿Es posible asumir el rol de sujetos desde el gobierno, desde el Estado? ¿Cómo es dable esa posibilidad? ¿O son los afectados por el cambio, las víctimas de la transformación, quienes asumen “dialécticamente” el rol de sujetos de la transformación?

En estos tiempos de revolucionar, además, aparecen frases y palabras que reflejan la circunstancia de la tensión y que revelan la condición de revolucionarios de sus actores concretos. Se oyen las palabras traición, agenda propia, infiltrados, desviados, inconsecuentes, etc. Así ha sido siempre. La diferencia es medir la política ya no en un campo de batalla sino en la consecución de objetivos con la participación de todos, desde los consensos más auténticos hasta las imposiciones necesarias para impedir la vuelta atrás. Desde el poder ya no se gobierna sólo para los aliados sino que se conjuga el programa con los otros actores para garantizar la estabilidad que todo proceso revolucionario demanda cuando se ejecuta.

En este momento es cuando las contingencias y las urgencias sobrellevan a los actores políticos y hasta los pueden revolver en la marejada de la improvisación y hasta equivocación. Son los momentos de las zozobras más tensas. Entonces, hace falta la presencia de los auxiliares del cambio, que con la técnica y la teoría pueden guiar la revolución desde el poder.

Todo esto sin descontar que el “enemigo” ya no sólo es el que fue derrotado en esa lucha (electoral o militar) sino los propios actores y sujetos del cambio: ingresan en el análisis y en la disputa las posiciones, definiciones, incluso los intereses personales para imponer su particular visión. La relación ya no es tan eufórica y atraviesa momentos o circunstancias de disputa entre los aliados. De hecho, en los momentos de revolucionar el sistema, las contradicciones secundarias se convierten en factores de disenso.

Tiempos de revolución

Alguna vez recurrí a Trotsky para imaginar cómo pensaban los revolucionarios rusos cuando ya en el ejercicio del poder reflexionaron sobre cómo concretar el proyecto político que los juntó. En un texto corto titulado *Resultados y perspectivas*, Trotsky decía: “Ya en el poder, el proletariado iniciará una nueva época –una época de legislación revolucionaria, de política decidida- y, en relación con esto, no puede estar seguro en modo alguno de seguir siendo reconocido como representante de la voluntad de la nación”. Y en otro texto –que ahora resulta aleccionador- titulado, valga la redundancia, *Lecciones de octubre*, describía al tiempo que viene luego del asalto al poder, al momento posterior del acto revolucionario, como “un tiempo de fragilidad e incertidumbre”.

Ahí, precisamente, aparecen otros actores y otras tensiones: los que quieren desarrollar y hacer realidad los cambios promulgando leyes y legislaciones, y quienes son los afectados o beneficiados de las mismas. Unos y otros conllevan sus demandas y posibilidades desde la misma necesidad de concretarlas pero también bajo el imperio de un esquema que ya no es el que garantiza ni ofrece ideales, sólo aplicaciones concretas en el día a día. De hecho surgen nuevos actores: abogados y juristas, que muchas veces son los mismos del sistema anterior que adaptan los nuevos postulados a las viejas elaboraciones jurídicas. Asimismo, en algunos procesos, el aparato gubernamental donde se instalan los revolucionarios triunfantes sigue siendo el mismo que combatieron ellos y por mucho tiempo lo sostienen y usan como parte de su gestión administrativa.

Pero también surgen las resistencias y los opositores, que ya no tienen el mismo estatus ni las condiciones para su con-

frontación. En otros contextos se los tilda como contrarrevolucionarios. Y también aparece la figura del burócrata que antes fue actor, activista y revolucionario, pero que por la obligación de desarrollar proyectos ahora pasa a dominar el escritorio y usa el poder para imponerlos.

La frase de Trotsky: “seguir siendo reconocido como representante de la voluntad de la nación” es un reto para todo actor político y más si éste es un revolucionario que milita en las transformaciones. Llegar a ser sujeto de cambio desde el gobierno (nacional o local) invoca a seguir siendo reconocido como representante de la nación y no en el objeto de la oposición ni de la disputa para bajarlo de ese poder.

Ahí surge lo que Lenin llamaba temporalizar la revolución. O sea, cómo hacemos que en el tiempo de hacer realidad los cambios, la revolución no pierda su frescura y su entusiasmo, que sea la red donde se tejen, con apresuramiento y calidad, las demandas y las soluciones más creativas y efectivas para poner el cielo a ras de suelo. Y, a la vez, cómo hacemos que los revolucionarios no pierdan su frescura, que los sujetos de la transformación se asuman “conspiradores” con y contra ellos mismos para no perder el entusiasmo, y que verifiquen si padecen o no, en los cargos que ejercen, de anquilosamiento temprano para, si es el caso, revisar, ajustar, negar y construir nuevos paradigmas y retos.

Al momento de hacer realidad los sueños, la narrativa de la revolución, el discurso y el relato de la misma, no pueden ser los mismos y hay que inventar los cimientos y discursos que la sostengan. Ahora experimentamos, casi hasta el agotamiento, frases como *La Patria ya es de todos*, en sus diversas formas y esloganes, que vacían su contenido, si se reiteran hasta el cansancio. Por lo mismo, una revolución que no se precie de creativa, puede agotar sus relatos y mensajes si se ahoga en los esquemas de la publicidad y no se arrima a los de

la efervescencia y se junta con las nuevas generaciones.

Nada hay más cierto que con la toma del poder nada termina, todo comienza, para lo cual se requieren de construcciones y personas que lo asuman más allá de las invocaciones discursivas y panfletarias, sino en el ejercicio pleno del poder, que implica hacer política y ésta convoca al diálogo, al consenso y -por ende- a la unidad para sostener el proceso y que éste no sea un retroceso. Porque como ya es una norma: los revolucionarios deben tomar el poder como un medicamento: teniendo muy en cuenta sus contraindicaciones y sus posibles efectos secundarios.

La pregunta que surge entonces, por más obvia que parezca, es ¿quiénes se asumen como revolucionarios en este momento? y, si al asumirse como tales, ¿están actuando como verdaderos sujetos de cambio? Claro, porque corresponde pensar que si un revolucionario es quien transforma y ejecuta las transformaciones, le toca confrontarse con la realidad y con los objetos de la transformación también.

Hacia el devenir siguiente

Los sujetos históricos del cambio y la transformación revolucionaria están sometidos a la tensión de los tiempos de su propia acción y en ellos se revelan todas las contradicciones internas que ese proceso político desata. Frente a ello, gracias a la experiencia de todas las revoluciones contemporáneas, hace falta un elevado grado de preparación, formación, debate y reflexión que no sólo está en los manuales y discursos sino también en la elaboración de los nuevos pensamientos y saberes que surgen de los debates.

Las exigencias de los procesos transformadores -más aún si la actoría es desde el gobierno- imponen, a los sujetos histó-

ricos de la transformación, la obligación de una revisión de sus prácticas sobre la base de un comportamiento ético y una conducta pedagógica para generar, de nuevo, otros y nuevos procesos transformadores, en buena parte de la estructura burocrática. Se debe romper desde adentro el sistema combatido para imaginar otras lógicas de relacionamiento político y para estructurar una sociedad horizontal, participativa, generadora de su propia organización y para asimilar las urgencias y demandas de los nuevos momentos y tiempos de la revolución, la cual nunca termina, se transforma.

Los tiempos del cambio, con todo su vértigo, dan para imaginar cómo nos representamos en la búsqueda del cambio, hacia y desde nosotros. Si somos y nos autorepresentamos como sujetos del cambio. Es imprescindible ir más allá de lo definido en el tiempo pasado inmediato y pensar en el futuro incierto y el post-futuro imaginado.

Los movimientos sociales: entre la protesta y la propuesta

Doris Soliz
Ecuador

Doris Soliz, socióloga cuencana, en la actualidad es ministra coordinadora de la Política. En los años 90, formó la Fundación Servicios para un Desarrollo Alternativo del Sur (Sendas), en alianza con la cooperación belga, para promover los derechos de las mujeres y las comunidades rurales. En 2000 fue electa concejala de Cuenca y ocupó la vicealcaldía hasta 2002. También ha sido ministra de Turismo, ministra coordinadora de Patrimonio Cultural y Natural, y de la Secretaría de Pueblos, Movimientos Sociales y Participación Ciudadana. Por su trabajo con el turismo andino, la universidad limeña Inca Garcilaso de la Vega, le concedió el Profesorado Honoris Causa.

Los movimientos sociales expresan la heterogeneidad y diversidad social. Frecuentemente se constituyen en un catalizador de malestares sociales hacia el Estado y hacia propia sociedad. En el Ecuador, el movimiento indígena, los grupos ecologistas, las mujeres organizadas, entre otros, han expresado tensiones sociales. El proyecto político de la revolución ciudadana no tiene dudas sobre la importancia de incorporar las demandas y agendas de los movimientos sociales en su programa de gobierno. Sin embargo, en este momento, algunos de ellos muestran limitaciones para enfrentar el reto de construcción del cambio social que la mayor parte de la sociedad ecuatoriana demanda.

En los ochenta y noventa, los movimientos sociales desplegaron una serie de repertorios de acción colectiva que movilizaron profundamente a la sociedad ecuatoriana. Sus demandas y acciones se enfrentaron, de forma reiterada, al sistema neoliberal que pretendió instaurarse en el país. Esa dinámica social allanó el camino para el proceso actual de cambio planteado por la revolución ciudadana y que –sin duda– ha contribuido significativamente en la definición de la Constitución y de la nueva institucionalidad estatal y sus políticas.

Por ejemplo, el texto constitucional estableció instancias

como los consejos de igualdad, con lo cual se reconoce la existencia de grupos sociales con diferencias pero con los cuales es necesario, a través de medidas de acción afirmativa, llegar a un tratamiento igualitario. Estos grupos son los pueblos y nacionalidades indígenas, las mujeres, los grupos generacionales, los discapacitados y quienes viven situaciones de movilidad humana. La creación en este gobierno de instituciones como la Secretaría de Pueblos, Movimientos Sociales y Participación Ciudadana es una nítida demostración de cómo se reconoce y potencia, en la actualidad, la gran dinámica de la sociedad ecuatoriana.

La diversidad de movimientos sociales en el país se ha expresado en un flujo reiterativo de luchas sociales y políticas: por la tierra, el ambiente, los derechos y la igualdad de las mujeres, la vivienda, el reconocimiento de la identidad, la educación y participación, el trabajo o en contra de la explotación. De entre todos, el movimiento indígena, en los noventa, logró expresar sus demandas de reconocimiento de la identidad y de redistribución de los recursos en términos de justicia integral. El movimiento indígena logró superar la perspectiva particularista y avanzar hacia una perspectiva universalista, expresada en la decidida frase: *Nada solo para los indios*.

Sin embargo, cabe preguntarse ¿por qué ante esta oportunidad histórica de construcción del Estado plurinacional y de la sociedad intercultural, como lo prevé la Constitución, al menos una parte del movimiento indígena parece negarse a este desafío? No tenemos respuestas, pero sí la hipótesis de que el movimiento indígena, luego de algunos desaciertos políticos, se ha replegado en una lógica de oposición y particularismo.

Los movimientos sociales han contribuido de forma crucial en la democratización de la sociedad en arenas diferentes como la relación con la naturaleza o el reconocimiento

de la diversidad. Sin embargo, no se puede desconocer que no expresan solo fortalezas, sus debilidades vienen dadas por prácticas clientelares, dispersas o fragmentadas. Indudablemente hay movimientos sociales que, una vez que sus demandas son satisfechas, se repliegan; o aquellos que no pueden cambiar su lógica de acción y se mantienen en la resistencia; también están aquellos que negocian, ceden, son cooptados y terminan debilitándose.

La categoría movimiento social, en cierta medida, ha desplazado a la categoría clase. Mientras la clase tiene un anclaje estrictamente económico, el concepto movimiento social es más inclusivo e incorpora dimensiones culturales, políticas y sociales, que antes –desde una visión ortodoxa– fueron desdeñadas.

La perspectiva de análisis sobre los movimientos sociales se mueve en una tensión entre el análisis de la estrategia y el de la identidad. Para entender la acción colectiva, en unos casos, se ha privilegiado, de forma más pragmática, los costos y beneficios que los movilizados (no los actores) pueden obtener de su despliegue de tácticas y estrategias (McAdam, McCarthy & Zald, 1996). Pero este es un enfoque muy restrictivo. Los movimientos sociales emergen donde hay oportunidades políticas para provocar responsabilidades estatales. La estructura política y las alianzas de poder facilitan o reprimen su acción. Sin embargo, los movimientos sociales pueden crear oportunidades políticas pero no son infalibles: en ciertas circunstancias, dado lo interactivo del proceso, pueden equivocarse y crear oportunidades para los oponentes o las élites. Los significados compartidos, los símbolos e ideologías son elementos que median entre las oportunidades políticas y los elementos organizativos. Movimientos “exitosos” consiguen trasladar en políticas públicas sus eslóganes y símbolos, mientras que movimientos “perdedores”

son confinados a una zona oscura de la historia y marginados (Zald, 1996). Los repertorios de acción colectiva (Tilly 1998) de los movimientos sociales son creaciones culturales aprendidas que emergen de la lucha, de las interacciones entre los ciudadanos y el Estado.

Desde otra perspectiva, los movimientos sociales son la expresión de un conflicto estructural, por intereses contrapuestos sobre el control de los instrumentos de la producción de la vida social. Según este planteamiento, para que un movimiento social realmente sea tal debe haber una interrelación entre tres condiciones: la definición de la identidad del actor, la definición del oponente y el campo del conflicto (Touraine, 1985). En los nuevos movimientos sociales existe una separación entre lo social y lo político, lo cual es un riesgo porque actores particulares en búsqueda de su identidad (podría ser el caso del movimiento indígena) pudieran fragmentar la vida social. Los nuevos movimientos sociales buscan una transformación de patrones culturales y nuevas identidades, antes que una transformación revolucionaria del Estado, como sí lo hicieron sus “antecesores”. Esta interpretación no es totalmente aplicable en el contexto latinoamericano, en donde lo social y lo político se articulan en la movilización de las expresiones sociales. Sin embargo, de cualquier forma, la noción de actor o sujeto no recalca la dominación sino las posibilidades de transformación.

Habermas (1985) diferencia entre los movimientos sociales potenciales emancipatorios y potenciales para la resistencia y el repliegue. La colonización del mundo de la vida provoca la formación de nuevas formas de protesta social, que dirigen necesidades simbólicas antes que instrumentales. En una vertiente bastante similar, Castells (1997) diferencia tres formas de construcción de la identidad: identidad legitimada que racionaliza la dominación; identidad de resistencia

relacionada con quienes construyen trincheras de resistencia; y la identidad de proyecto, según la cual actores sociales sobre la base de materiales culturales construyen una nueva identidad que redefine su posición en la sociedad, buscando transformar la estructura social. La primera forma daría lugar a la sociedad civil; la segunda daría como consecuencia la construcción de comunidades; mientras que la tercera daría lugar a la construcción de sujetos sociales.

De acuerdo con este análisis, se podría afirmar que no todos los actores constituyen movimientos sociales, pero tampoco todos los movimientos sociales constituyen -de por sí- sujetos sociales. Solo aquellos movimientos capaces de superar sus particularismos y buscar equivalencias con otros actores sociales -en una perspectiva emancipatoria, pero a la vez de transformación de la estructura social- son capaces de convertirse en sujetos sociales. Sin embargo, se debe resistir la tentación teológica de valorar si los movimientos sociales progresan irremediabilmente desde una resistencia cotidiana hacia proyectos políticos de transformación, porque en ese desarrollo no hay una progresión lineal (Escobar, 1993).

Para algunos pensadores europeos como Melucci (2002), el potencial transformador de los nuevos movimientos sociales no es político sino sociocultural: son nuevas formas de expresión de la sociedad, en arenas distintas a la económica, social o política, la arena cultural es otro campo de disputas en la cual se expresa la acción colectiva. En América Latina, en cambio, los movimientos sociales adquieren dimensiones políticas más visibles. Para Laclau y Mouffe (2004), amalgaman una serie de luchas diversas: urbanas, ecológicas, antiautoritarias, anti-institucionales, feministas, antiracistas, pro minorías étnicas, regionales o sexuales. Se

trata de prácticas articularias que, mediante una cadena de equivalencias, procuran establecer una nueva hegemonía. Gracias a una lógica de equivalencia democrática entre grupos debe ser forjada una democracia radical, de tal forma que un nuevo sentido común ocurra. Por tanto, el proceso de hegemonía democrática crea nuevas identidades en diferentes grupos. Cualquier idea de un centro de lo social o de un espacio único, como el Estado, donde lo político es constituido, no tiene asidero. Además, dado que la total sutura de lo social no es posible, lo social es un campo abierto.

Los movimientos sociales en América Latina tienen un carácter múltiple, sus luchas son económicas, sociales, políticas y culturales. Los límites entre estas luchas frecuentemente son indistinguibles (Escobar, 1992). Para los teóricos latinoamericanos las cuestiones de estrategia y de identidad de los movimientos sociales están inextricablemente vinculadas: son algo exterior al Estado, y si bien es cierto que el Estado es su principal interlocutor, éstos no pueden ser reducidos a la lógica estatal. La reconfiguración social lograda por los movimientos sociales tiene que ser encontrada en un espacio diferente: en las relaciones de la vida cotidiana, en entendimientos culturales transformados, en nuevas culturas políticas, etc.

Los movimientos sociales no solo dependen de la disponibilidad de recursos organizativos e ideológicos, espacios de oportunidad y otros factores privilegiados por el enfoque de movilización de recursos, la emergencia y el desarrollo de movimientos, sino también son importantes la producción de significados, la construcción de identidades colectivas y las luchas culturales (Escobar, 1993).

La mayoría de autores se focalizan en una oposición dicotómica sobre los movimientos sociales: no son aceptados por el Estado (o son cooptados) o mantienen su autonomía

pero necesariamente permanecen aislados y limitados. En ambos casos, los movimientos sociales fracasan. Una forma más fluida de valorarlos sería en términos de poder (Escobar, 1992): ¿qué formas de poder –estatal, de género, económico, etc.- son socavadas?, ¿qué tipos de libertad se obtiene de la relación con el Estado? y, a la inversa, ¿qué se extrae del movimiento en tal relación?, ¿qué formas de poder popular son fortalecidas por el movimiento? Es decir, la valoración tiene que considerar esta relación compleja entre el Estado y la sociedad.

Fals Borda (1993) plantea que los movimientos sociales son capaces de construir un nuevo ethos, una mejor clase de sociedad y relaciones sociales en las cuales la unidad pueda coexistir con la diversidad. Los movimientos sociales y populares más avanzados favorecen la negociación, el diálogo y las soluciones razonables para conflictos existentes. El autor se pregunta si será posible articular esos nodos de poder colectivo en nuevos pactos sociales y en la construcción de una nueva hegemonía. Sin embargo, hay movimientos que se mueven por la lógica del neoanarquismo que les permite mantener un grado de autonomía mientras, al mismo tiempo, reorientan las acciones del Estado.

En América Latina, muchos movimientos locales y sus líderes se han visto obligados a ampliar su perspectiva original, descartando el sectarismo, ramificándose en varias direcciones, y uniendo fuerzas en frentes unitarios de acción. Por lo tanto, los movimientos sociales han cambiado del nivel micro al macro y de la protesta a la propuesta (Fals Borda, 1993). Además, se han resistido a la tentación de la instrumentalización de la izquierda más radical, tanto como a los asaltos de la cooptación y la represión contra sus líderes. Sin embargo, en el contexto de los nuevos gobiernos progresistas latinoamericanos, se observan algunos movimientos que

podrían ser instrumentalizados por la derecha política y que no son capaces de dar el paso que Fals Borda plantea porque se han atrincherado en la protesta.

Por su parte, Cardoso (1993) sugiere que los movimientos sociales son capaces de mantener una identidad anclada en una fuerte ideología de participación, e incluso pueden darse el lujo de tomar parte en un juego que desdeñosamente se califica de clientelista, pero que ellos saben cómo resistirlo.

Realmente los movimientos se mueven en un complejo juego de estrategias de autonomía ideológica y pragmatismo político, resistencia y acomodo, protesta y negociación. Esto les permite sobrevivir y tener un relativo éxito en la red laberíntica de políticas locales y nacionales (Escobar, 1993). El ideal de la izquierda de un frente unido de organizaciones y movimientos frecuentemente choca con la realidad de actores segmentados y dispersos pero con alta efectividad estratégica, porque es más sencillo manipular o cooptar a una sola organización representativa. Además, numerosos grupos de organizaciones con objetivos similares pero con tácticas y estrategias diversas, puede ser el signo de que sus agendas se articulan en un amplio rango de arenas extra institucionales.

Los movimientos sociales son fuerzas cruciales para democratizar las relaciones autoritarias. Ejemplo de ello son el feminismo, las organizaciones a favor de las diversidades sexuales o los grupos de defensa de los derechos étnico-raciales. Ellos, además, fortalecen la conexión entre la sociedad civil y la institucionalidad política. En América Latina –no hay que olvidar– los movimientos sociales han fortalecido no solo a los regímenes autoritarios sino también a los gobiernos democrático formales.

El proceso político de la revolución ciudadana tiene la firme convicción de que no puede haber cambio sin un real reconocimiento de la fortaleza de la sociedad ecuatoriana

organizada. Mientras en los noventa hubo un pico alto de movilización colectiva, en este momento -al parecer- las diferentes vertientes de los movimientos sociales no estarían tan activas. Sin embargo, para este proyecto político, la sociedad del buen vivir, solamente se puede construir en la medida en que exista participación activa de las organizaciones y movimientos sociales. Pero este reconocimiento debe ser por partida doble: es decir, los actores sociales deben tener una lectura de la oportunidad política actual.

La gobernabilidad democrática se construye en una relación adecuada entre el Estado, la sociedad civil y el mercado. En este momento político estamos abocados a la construcción de una nueva institucionalidad, cuya hoja de ruta está marcada en la Constitución. El desafío es conjugar esta renovación del Estado con una profunda participación ciudadana y social.

Bibliografía

Álvarez Sonia E. y Arturo Escobar (1992). Theoretical and Political Horizons of Change in Contemporary Latin American Social Movements. En: *Identity, Strategy and Democracy*. Westview Press. USA. pp. 317-329.

Cardoso Ruth (1992). Popular Movements in the Context of the Consolidation of Democracy in Brazil. En: *Identity, Strategy and Democracy*. Westview Press. USA. pp. 291-302.

Castells Manuel (1997). *The power of identity. Information Age. Vol. 2*. Blackwell Publishers. London.

Escobar Arturo (1992). Culture, Economics, and Politics in Latin American Social Movements Theory and Research. En: *Identity, Strategy and Democracy*. Westview Press. USA. pp. 62-88.

Fals Borda Orlando (1992). Social Movements and Political

Power in Latin America. En: *Identity, Strategy and Democracy*. Westview Press. USA. pp. 303-316.

Habermas Jürgen (1985). The tasks of a Critical Theory of Society. En: *The Theory of Communicative Action*. Vol. 2. Beacon Press. Boston. pp. 374-403.

Laclau y Mouffe (2004). *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la Democracia*. Fondo de Cultura Económica. Buenos Aires.

McAdam Doug, John McCarthy and Mayer Zald (1996). Introduction: Opportunities, Mobilizing, Structures, and Framing Processes –toward a synthetic, comparative perspective on social movements. En: *Comparative Perspectives on Social Movements. Political Opportunities, Mobilizing structures, and Cultural Framings*. Cambridge University Press. Cambridge. pp. 1-20.

Melucci Alberto (2002). Vida cotidiana y acción colectiva. En: *Acción colectiva, vida cotidiana y democracia*. El Colegio de México. México. pp. 131-159.

Tilly Charles (1998). Conflicto político y cambio social. En: *Los movimientos sociales: transformaciones políticas y cambio cultural*. Trotta. Madrid. pp.25-42.

Touraine Alain (1985). The Study of Social Conflicts. En: *Social Research*. 52/4.

Zald Mayer (1999). Transnational and International Social Movements in a Globalizing World: Creating Culture, Creating Conflict. En: *Organizational Dimentions of Global Change: No limites to Cooperation*. Sage Publications. California. pp.168-184.

Los movimientos sociales en la construcción del sujeto histórico

Betty Tola
Ecuador

Betty Tola es cuencana. Fue parte de la Asamblea Constituyente, en representación de la provincia del Azuay. Estudió ingeniería comercial y ha trabajado en organizaciones sociales, campesinas y de mujeres.

Cuando, a propósito de este seminario, pensaba en los movimientos sociales y el sujeto histórico, recordé el texto, *En busca del objeto perdido*, -que seguramente muchos lo habrán leído- en cuyas páginas se reflexionaba sobre la tensión que se vivió en la izquierda latinoamericana en las décadas de los 70 y 80 respecto al debate del sujeto. ¿Por qué esta tensión? Porque del lado de la reflexión cercana a las vertientes marxistas más dogmáticas se planteaba que el sujeto de la transformación era el movimiento obrero, sin considerar que la realidad latinoamericana es completamente distinta y heterogénea, si se la compara con la europea.

Una mirada rápida y breve a los procesos que se vivieron en América Central -en Nicaragua, El Salvador o Guatemala- nos recuerda que ahí los sujetos de los procesos revolucionarios y de las luchas por la transformación fueron las mujeres, los campesinos, los grupos vinculados a la Iglesia, las comunidades eclesiales de base... El sujeto obrero estaba perdido porque la realidad latinoamericana es distinta. Al revisar la constitución del Frente Amplio en Uruguay, o del Partido de los Trabajadores, en donde fue importante la participación de la Iglesia brasileña, por ejemplo, nos queda clara la necesidad de replantear cuál es el sujeto histórico de

la transformación en nuestros países.

El legado más importante que nos deja esa época para la historia de América Latina es –justamente– repensar el sujeto desde nuestras realidades concretas. Es decir, no podemos, de ninguna manera, pensar en la posibilidad de la construcción de un sujeto histórico desde paradigmas distantes a los existentes en la realidad latinoamericana. Seguramente, en los últimos años, en el Ecuador se ha avanzado en algunas definiciones al respecto: se han tenido ciclos en la construcción del sujeto histórico y el diseño de un programa que vaya más allá de los intereses particulares y que, además, plantee y permita la articulación de diversos sectores, con mecanismos y factores de poder para incidir en coyunturas determinadas.

Esos momentos claves se pueden ubicar a inicios de los años 80, cuando el movimiento sindical actuaba en conjunto con las organizaciones campesinas, por ejemplo. Si regresamos a 1983, y revisamos la agenda de lucha presentada en las movilizaciones sociales más importantes a nivel nacional, nos encontramos con que el movimiento sindical, el movimiento campesino, pobladores, estudiantes y maestros no pensaban sólo en sus demandas particulares, sino en un programa nacional, lo cual supuso una suerte de configuración del sujeto histórico en el Ecuador de la época.

Otro momento importante y crucial en la vida del país se dio en los años 90. La realidad cambió y, por tanto, el eje de la articulación social también se trasladó a otras preocupaciones. En esa época hubo un desmantelamiento muy fuerte en la organización sindical a consecuencia del aperturismo comercial, el desempleo creciente, el achicamiento del Estado y la disminución de los cargos públicos. Dado que la construcción del sujeto histórico está vinculada a las dinámicas concretas del país, el eje de articulación social se esta-

bleció en el movimiento indígena. Sin duda ha sido uno de los momentos más importantes que ha vivido el Ecuador. En los 90, los movimientos sociales pusieron en el debate una tesis distinta a la que había desarrollado la izquierda hasta entonces: la contradicción capital-trabajo, la demanda de mejores condiciones laborales dio paso a la visibilización de una multiplicidad de relaciones de poder presentes en la sociedad. La emergencia de la diversidad, dio paso a que los movimientos sociales planteen una nueva tesis. En palabras de Boaventura de Sousa Santos, fue el momento de pensar en dos perspectivas: la del reconocimiento y la de la redistribución, en términos económicos y de ejercicio del poder político. Ambos elementos fueron sustantivos en la emergencia de los nuevos actores sociales, y marcaron la posibilidad para los sectores sociales de ser gobierno, al menos a nivel local. En adelante, se avanzó en el proceso de configuración del sujeto histórico: existió la posibilidad de tener un programa, una articulación organizativa y los espacios necesarios para reflexionar sobre la construcción del poder. En los 90, se dejó atrás la tesis del asalto del poder y se prefiguraron nuevos aportes.

La construcción del poder se concentró, a partir de los 90, en pensar cómo desde las propuestas de transformación se llega a tener presencia en los gobiernos locales. Por tanto, se reflexionó la posibilidad de transformar la sociedad desde lo local. Los cambios que se pensaron no se limitaron a lo institucional, que era el elemento más importante de la construcción de poder, sino que consideró también el empoderamiento social.

Lo que hoy estamos viviendo no es posible mirarlo sin un recorrido por la historia de nuestro país: el proceso de resistencia de los movimientos sociales, por ejemplo, que se refleja en los aportes realizados a la agenda programática. Sin

embargo, aún quedan retos y se debe avanzar hacia la configuración de un sujeto histórico. Indiscutiblemente creo que se han dado pasos gigantes: en primer lugar, la presencia de los movimientos sociales en el gobierno es un hecho fundamental e importantísimo, que la izquierda ecuatoriana no había logrado en los últimos años. Esa presencia se da en lo nacional y en lo local, en 40% de los gobiernos seccionales.

Otro elemento importante es el enorme tejido social que existe en el Ecuador, lo cual constituye un valor y un reto al mismo tiempo: valor social y reto político. La actual fuerza electoral existente debe convertirse en fuerza política, y ése es el reto más fuerte que tenemos de cara a la construcción del sujeto histórico para la transformación. No es suficiente ganar las elecciones, no es suficiente tener una institución, no es suficiente ganar la Presidencia de la República, se requiere avanzar en los procesos de transformación profunda. De ahí, los planteamientos de la redistribución de la tierra, de salario digno, de acceso a servicios básicos gratuitos y eficientes. Estos temas tienen opositores, sin lugar a dudas, y para hacerles frente se requiere de una fuerza sociopolítica constituida. Para ello, es necesario superar los particularismos y las luchas específicas para construir un Estado y una sociedad profundamente democráticos.

El momento actual es de convergencia y de unidad, ante lo cual, si bien hay conquistas que aún no se han alcanzado, las demandas de las mujeres por las mujeres, de los jóvenes por los jóvenes, de los pueblos afro e indígenas por sus preocupaciones específicas, deben darle espacio a la definición de temas claves y fundamentales para la transformación del país. Se trata, entonces, de construir agendas únicas a tono con la hoja de ruta que es la Constitución de 2008. Es urgente trabajar en alianzas más amplias, para que cada vez más sectores se incluyan en la agenda. En este proceso, además,

no se debe olvidar de cultivar el análisis y el debate continuos, mirar por dónde transitar y ejecutar el buen vivir. ¿Cómo vamos a implementar el buen vivir en la zona rural? ¿Cuáles son las principales agendas de los derechos de las mujeres en el marco de las propuestas del buen vivir? Éste es el tipo de preguntas pueden guiar la construcción de un proyecto unificado.

Los grandes discursos: la plurinacionalidad, la paridad, la inclusión, la soberanía alimentaria, que fueron algunas de las preocupaciones de los movimientos sociales durante veinte años, están ya en el texto constitucional. El reto ahora es que esos cambios sean una realidad. La construcción del sujeto histórico requiere de articulación conjunta y de conducción política compartida para enfrentar poderes existentes y opuestos al proyecto: los medios de comunicación, los sectores económicos y financieros, y los intereses internacionales de otra vertiente política (no hay que olvidar lo que sucedió en Honduras, ni la presencia de las bases norteamericanas en Colombia).

Las derrotas del pasado se explican, en gran medida, por la imposibilidad de generar espacios de articulación. El elemento fundamental que compete a los movimientos sociales es no pensar, de ninguna manera, que ahora hay que bajar la guardia. Más bien, tenemos que buscar todos los mecanismos para acompañar el proceso: sin fuerza social no es posible la transformación que debe ser garantizada y profundizada por los movimientos sociales. El reto es enorme pero es el camino para fortalecer la nueva estructura del Ecuador.



Entrevistas

“El respeto a la verdad del otro es
indispensable”

Entrevista a Sergio Rossi
Uruguay

ENTREVISTADOR:

¿En el giro a la izquierda que ha tenido la política uruguaya en los últimos años, qué papel han jugado los movimientos sociales?

SERGIO ROSSI: Siempre hubo una buena relación entre las organizaciones sociales con la izquierda, con el actual partido de gobierno, porque defendían intereses comunes. Se podría decir que la caja de resonancia de los problemas políticos, económicos, incluso culturales, ha sido la izquierda. Pero, hagamos un poco de historia. En los 80, los gobernantes de derecha liberaron el mercado, desregularon las relaciones laborales (los trabajadores podían ser contratados sin recibir salarios regulados), y dieron paso a una política fuerte de privatizaciones. En la década de los 90 hubo en Uruguay un período de desgaste de esa política neoliberal. Para la derecha, el Estado era un estorbo en la implementación de las políticas liberales, y planteó su privatización total. Las organizaciones sociales y de trabajadores enfrentaron esa postura apelando al artículo 166 de la constitución, que permite llevar a plebiscito a algunas posiciones gubernamentales. En 1992, el Frente Amplio (la izquierda uruguaya, actual partido de gobierno) junto con los trabajadores lograron que se convo-

que al plebiscito y lo ganaron. Las áreas estratégicas, como la energía y las comunicaciones no se privatizaron. Hoy en día, la relación entre el gobierno y los movimientos sociales no es fácil porque los intereses gubernamentales no son los mismos que los intereses particulares de los trabajadores, quienes –a veces- tienen posiciones corporativistas que –me parece- no dejan ver toda la realidad. Sin embargo, las discusiones son la base de la democratización de la participación, y –por eso- está bien que los trabajadores sean corporativistas y que fortalezcan sus organizaciones. Se puede afirmar, entonces, que los trabajadores en Uruguay siempre han tenido propuestas independientes de los gobiernos.

¿Cuáles son los movimientos sociales uruguayos más representativos?

S.R.: El único movimiento social representativo es la central de trabajadores, el PIT-CNT [Plenario Intersindical de Trabajadores (PIT) y Convención Nacional Trabajadores (CNT)]. Ninguna otra organización tiene el grado de incidencia y convocatoria: el PIT-CNT cuenta con 300 mil afiliados y el 1 de Mayo, por ejemplo, responden a la marcha que éste organiza, entre quinientas y seiscientas mil personas (en un país de tres millones de habitantes, cuya capital, Montevideo, concentra cerca de 50% de la población). En 1983, en plena dictadura, cerca de ochocientas mil personas acudieron a la convocatoria del 1 de Mayo.

¿Cuál es el apoyo y la identificación de la población con la central obrera?

S.R.: Hay un sector muy importante de la clase media: los trabajadores de los bancos que están afiliados al PIT-CNT. Además, en general, la clase media también se beneficia de las luchas y reivindicaciones porque tiene una

relación económica con los trabajadores. Por ejemplo, si en un barrio la mayoría son obreros, los ingresos de los comerciantes de la zona dependen las ventas que realicen a los trabajadores; es decir, si ellos ganan bien, los comerciantes también ganan. En las últimas elecciones, la izquierda tuvo cerca de 54% de votos.

¿Los movimientos sociales en Uruguay se han desmovilizado con el poder?

S.R.: En 2004 ya veíamos que la izquierda iba a ganar y –ante ello– nos preguntamos sobre el futuro de las organizaciones sociales. Hicimos un seminario de una semana con trabajadores de Venezuela y España para definir el rol de los obreros en un gobierno izquierda. La experiencia fue bárbara. Los trabajadores españoles llevan años de experiencia al respecto, saben lo que es convivir con gobiernos del Partido Socialista Obrero Español (PSOE). Nos quedó claro que no siempre el gobierno contempla los intereses del trabajador y confrontar con el gobierno no significa estar en su contra, sino defender determinados intereses sociales. La convocatoria a movilizaciones en contra de algunas políticas ha permitido que las organizaciones sociales se enriquezcan porque han debido estudiar la realidad social y la situación económica que vivimos; saber en qué se invierten los ingresos públicos, cuál es el Producto Interno Bruto (PIB) y cómo debe distribuirse. Así, las movilizaciones se realizan considerando estudios y hechos concretos.

El movimiento obrero históricamente ha buscado la toma del poder, en ese sentido ¿qué pretende el movimiento obrero uruguayo en la actualidad?

S.R.: Una cosa es el gobierno y otra, el poder. Hoy, la izquierda gobierna pero el poder va mucho más allá; significa

tener todos los medios de producción. La propiedad privada evidentemente es desigual. Quienes ostentan los medios de producción no son los trabajadores sino la burguesía. Sin lugar a dudas, el movimiento obrero se plantea la emancipación de los trabajadores con la toma del poder. En Uruguay, los trabajadores, entre 1920 y 1930, comenzaron a crear un sujeto histórico comprometido con su clase social y sus intereses, y definió la conciencia de clase de la izquierda uruguaya. Sin embargo, dentro del movimiento obrero uruguayo, actualmente, existen diferentes tendencias políticas: aunque la mayoría sea de izquierda también hay gente de derecha.

Los más críticos hablan de izquierda *light* porque conviven muy bien con las expectativas de los movimientos sociales y las de la burguesía.

S.R.: El Frente Amplio ha sabido mantener el equilibrio. Hay grandes logros en lo social: la cobertura de salud se amplió, el seguro de desempleo cubre un año y ya no seis meses. Dentro de lo laboral, la izquierda volvió a incluir a los trabajadores en el Consejo Superior de Negociación Colectiva que fija los salarios; y logró imponer la cláusula de libertad sindical, según la cual nadie puede ser echado de su trabajo por su ideología o militancia sindicalista. Además, los despidos por falta de liquidez deben ser demostrados por los empresarios, y la jornada laboral en las zonas rurales se estableció en ocho horas. En educación, se implementó la entrega de una computadora portátil para cada niño de escuela, lo cual también ha ayudado a los padres porque sus hijos les han enseñado a usarlas. Hay grandes avances en lo social, sin duda. Aunque nosotros queremos que se profundicen los cambios, la democracia y la participación de los trabajadores, no nos olvidamos que vivimos una realidad coyuntural ni que no estamos aislados de la región, el con-

tinente y el mundo. Mira, por ejemplo, el actual presidente de la república vivía en una chacra en donde hace poco pusieron luz y agua, usaba motoneta y no auto, y al asumir el mando sostuvo que no pretendía que todo el mundo viva así. Una de las posturas en lo económico es que pague más el que tenga más y pague menos, el que tenga menos. De hecho, en la crisis económica los sectores más pudientes se vieron más afectados. Además, me parece, por ejemplo, que tenemos que comenzar a hablar sobre el consumismo como un problema en el país.

En Uruguay, el movimiento social es evidentemente obrero...

Las mujeres comienzan a participar con fuerza en las organizaciones parlamentarias, en la Cámara de Representantes. Los afrodescendientes representan una comunidad pequeña pero importante que le ha dado a Uruguay una identidad cultural, principalmente a nivel musical. El mundo indígena no existe porque, al igual que en Argentina, en el siglo XIX los indios fueron exterminados. Nuestras raíces étnicas las estamos descubriendo recién. La política estaba muy desgastada y los jóvenes no participaban activamente porque se la asociaba con la corrupción. Sin embargo, el Frente Amplio le ha dado credibilidad a la política, ha dejado en evidencia que se trata de un sentido de pertenencia y de que vale la pena ser un militante social. La participación de los trabajadores es muy importante en una transformación estructural, como la que quiere implementar este gobierno vía reforma del Estado, porque son quienes conocen cómo mejorar la administración pública. Además, si de la discusión sale el consenso, los procesos de cambio son mucho más rápidos que si impones tu visión de las cosas al otro. Así como en Ecuador, con sus características específicas, los indíge-

nas no pueden estar fuera de un proceso de transformación, porque son un actor político importante; en Uruguay, son los trabajadores quienes no pueden estar ausentes. Yo creo que se debe establecer una relación entre los campesinos, los indígenas y los trabajadores, crear ámbitos donde se puedan discutir los temas importantes, y que cada uno aporte su visión para que exista un mayor enriquecimiento en la solución de los problemas. El respeto a la verdad del otro es indispensable.

“Estamos llamados a refundar la república”

Entrevista a Luis Perdomo
Venezuela

Luis Perdomo nació en Río Chico, población de la región de Barlovento del estado Miranda, Venezuela. Es líder comunitario o animador sociocultural desde 1983. Actualmente es coordinador del movimiento social Red Afrodescendientes de Venezuela, del Centro de Estudios de Barlovento y de la Diáspora Africana, y de la televisora AFROTV. Además, es director de cultura del municipio Andrés Bello de la región de Barlovento. Escribe artículos de opinión en los diarios La voz y www.aporrea.org.

ENTREVISTADOR:

¿Cómo funciona la Red de Organizaciones Afrodescendientes de Venezuela y cuáles son sus planteamientos?

LUIS PERDOMO: Nacimos al calor del proceso bolivariano liderado por el presidente Chávez. El preámbulo de la constitución bolivariana de Venezuela nos invita a refundar la república como protagonistas de la realidad multiétnica y pluricultural del país. Así decidimos construir la república que soñamos por años. La red está constituida por aproximadamente treinta organizaciones. Uno de nuestros primeros logros fue que la problemática afrodescendiente sea considerada en el país y que hayamos sido incluidos en varias leyes orgánicas: la de educación, de la juventud, y de la mujer y la familia. Además, que el presidente Hugo Chávez se reconozca como afrodescendiente. Hay muchas cosas por hacer: queremos una ley que penalice el racismo y la discriminación, y la inclusión en diferentes políticas públicas en temas en los que históricamente se ha desconocido a los afrovenezolanos. Otras comunidades ya gozan de los derechos como sujetos históricos del mismo proceso.

¿Cuál es la proporción de población afrodescendiente en relación a la población total de Venezuela?

L.P.: Según el Instituto Nacional de Estadísticas de Venezuela, 10%. Pero nuestros estudios determinan que somos entre 25 y 30% de la población total.

¿Cómo mantiene la red autonomía respecto al gobierno y establece su propia agenda?

L.P.: Como todo movimiento social tenemos una relación autónoma. Hemos establecido diálogos de movimiento social a gobierno. Pensamos que -hasta ahora- no ha sido fácil porque no ha existido un proceso de educación que nos establezca como sujetos históricos; sin embargo, estamos en un proceso de construcción y diálogo.

¿En la sociedad venezolana existen expresiones de discriminación y racismo hacia la población afrodescendiente?

L.P.: Claro que sí.

¿Cómo lo han enfrentado?

L.P.: Participamos en las conferencias mundiales contra el racismo y la discriminación, en Sudáfrica y Chile. Ahí, junto a más de seiscientas organizaciones de todo el mundo construimos el término afrodescendientes.

¿Cómo aprecia la sociedad venezolana la relación entre los gobiernos de Venezuela y Ecuador?

L.P.: Las clases populares lo vemos positivamente. Un sector de la oposición, el más recalcitrante piensa que se está invadiendo y ubicando los mismos modelos de un lugar a otro. Nosotros, como pueblos latinoamericanos, sabemos que tenemos elementos comunes.



Debates

La voz de los que escuchan

La reflexión colectiva es fundamental en los procesos de transformación. La experiencia de los movimientos sociales –aquella que proviene de las veedurías, marchas, diálogos, mesas de concertación– es vital para la construcción de agendas conjuntas y el establecimiento de líneas de trabajo, en un momento de profundo cambio como el que vive actualmente el Ecuador.

En el seminario *El papel del sujeto histórico en los procesos de transformación democrática* coincidieron dirigentes y representantes de todo tipo de movimientos sociales: pueblos indígenas, afrodescendientes, jóvenes, mujeres, estudiantes, campesinos quienes hicieron referencia a un proceso en construcción: la revolución ciudadana, cuyas acciones –se coincidió– son responsabilidad de todos.

Al final de cada jornada oyentes y ponentes participaron en una conversación abierta sobre los temas que se habían tratado durante el día. Las voces venían de vertientes distintas que llegaron a un punto de encuentro: la propuesta unificada, las preocupaciones compartidas. Las dudas y las preguntas giraron en torno al rol que los movimientos sociales deben tener en la actualidad, a cómo apoyar críticamente al gobierno, y a las acciones a emprender. El resultado de esa

conversación entre los participantes al seminario se recoge en estas páginas, con la finalidad de que las propuestas fortalezcan el proceso de transformación que vive el Ecuador.

El sujeto histórico tiene que construir un nuevo sistema desde las raíces: dentro de un sistema social existente o fuera de él. La revolución comienza cuando de las cenizas del sistema viejo se edifica uno nuevo.

Los cambios requieren preparación y tiempo. Las políticas públicas requieren de un proceso técnico y financiero, de un proceso eminentemente político y de fuerza social que apunte los cambios y los concrete.

La construcción de actores políticos en Ecuador y América Latina es bastante diversa. En el país, la diversidad se sintetiza en la Constitución de 2008: ahí se encuentran las preocupaciones históricas por las que han luchado las mujeres, los jóvenes, los campesinos, los trabajadores, los migrantes. Los movimientos sociales requieren de un espacio de articulación para acordar una agenda inmediata que trabaje y profundice los temas de interés: por ejemplo, se debe pensar el rol de los movimientos sociales en este momento y las formas de organizar la participación ciudadana en la gestión pública.

Ejercer el poder no es sólo un problema político, se produce incluso en las relaciones interpersonales y se evidencian contradicciones que pueden provocar rupturas y reconciliaciones. Hacer política, por tanto, no significa coincidir sino construir. En política, los intereses de ciertos grupos pueden tocarse y –en respuesta– éstos se alejan del proceso. Lo importante es la creación de bienestar colectivo para lo cual no se pueden mantener privilegios ni egoísmos particulares. En un proceso político en construcción, las crisis y las críticas son importantes porque permiten crecer.

La Constitución de 2008 es el mayor constructo ideológico del gobierno actual. En el texto se desarrolla como eje

la concepción de buen vivir. La Constitución es un acuerdo del país que queremos construir en los próximos años. De ahí la importancia de fortalecer este acuerdo en todos los niveles: en lo sectorial y comunitario, barrial y parroquial, cantonal, provincial y nacional. Las esferas sociales más pequeñas constituyen las unidades básicas de participación ciudadana.

La construcción del sujeto histórico está en cada uno. Si se demanda responsabilidad, transparencia, eficiencia, consecuencia, militancia, honradez, honestidad, primero debemos exigirnoslo a nosotros mismos. En esta construcción histórica se tiene que fundamentar en las falencias del pasado para fortalecer el futuro.

Hay varios retos para los movimientos sociales: la profundización de los cambios y la ampliación de las alianzas. En principio se deben enfrentar dos peligros: el interés electoral y la incapacidad de defender la Constitución de 2008. Las reformas futuras al texto constitucional serán –siempre– concordantes y coherentes con nuevas realidades, sin dejar de seguir los postulados del buen vivir.

En el proceso de cambio que experimenta el Ecuador, la ciudadanía, las voces de los movimientos sociales comunitarios, locales, regionales serán los verdaderos actores del proceso. En la tarea de transformación y responsabilidad pública el trabajo y el compromiso debe ser consecuente en todas las esferas privadas y públicas. El proceso debe ser -de verdad- auténtico y democrático.

En la construcción del poder, el espacio territorial es un espacio privilegiado. De ahí que los esfuerzos también deben dirigirse a mejorar la representación política: los consejos barriales deben, por ejemplo, dar cuenta de la diversidad que existe en su territorio, el conjunto heterogéneo de actores debe estar representado.

Las diferencias entre los actores siempre han existido. De ahí la importancia de tener claro adónde vamos y cómo aglutinarnos considerando nuestras diferencias y encontrando un proyecto en común. En este momento, en que el sujeto colectivo está en construcción, va tomando forma, y en que el intercambio de ideas y experiencias, la definición de puntos de encuentro se hacen necesarios, la creación de una red de organizaciones sociales de Ecuador y de Latinoamérica puede ayudar en la tarea y definir el rol que los movimientos sociales deben cumplir.

La revolución no se construye de un momento a otro. Los cambios sociales requieren de participación social, del establecimiento de agendas comunes y de la definición de objetivos, metas y retos. Además, no se debe olvidar que es imposible generar procesos de competencias hacia el logro de un objetivo con personas desiguales y en condiciones dispares. No podemos pretender construir una revolución si gran parte de la población es analfabeta y vive en condiciones infrahumanas, si en la sociedad aún siguen instaurados el racismo y la exclusión, o si no existe institucionalidad pública. Por ello, es fundamental definir acciones afirmativas concretas para poner en igualdad de condiciones sociales a los sectores que han sido históricamente relegados.

Hay cuatro elementos claves para consolidar un actor político y social que profundice los cambios en el Ecuador: el primero, que las organizaciones y movimientos sociales no caigan en la tentación del poder; las organizaciones deben mantenerse autónomas y apoyar el proceso críticamente. Segundo, es indispensable la definición de alianzas estratégicas entre los mundos urbano y rural para diseñar una agenda colectiva. Un tercer elemento fundamental es la autoconvocatoria: aprender a rendir cuentas en sentido inverso, no

sólo a pedir las al Estado sino a darlas. Cuarto, recuperar los espacios de formación política e ideológicas para aprender a reconocer los problemas de la sociedad.

La transformación del Ecuador es tarea de todos. Conscientes de esa responsabilidad, los movimientos sociales participantes en el seminario redactaron la siguiente declaración.

